

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El mundo en tus manos



Una empresa llamada NEWE ha construido una enorme maqueta hueca del planeta Tierra a la que llaman Planetum, y que en realidad es una factoría para la fabricación de elementos electrónicos para satélites de comunicación. Dentro de esta enorme maqueta se procesará la información recogida por los satélites puestos en órbita por la NEWE, que con ello desea conseguir dos objetivos. Uno: obtener grandes beneficios, como es lógico. Dos: contribuir a la comunicación fácil y económica entre todos los puntos de la Tierra, para el mayor entendimiento y armonía entre todos los países y todas las razas del Mundo. Por supuesto que esto atrae la atención de la prensa mundial, y muy especialmente de la señorita Brigitte Montfort, que muy pronto pasa a ser la agente Baby.



Lou Carrigan

El mundo en sus manos

Brigitte en acción - 482

ePub r1.1
Titivillus 05.02.2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Estaba volando deliciosamente bajo un cielo de azul luminoso. Tenía alas.

Unas alas bellísimas, que eran como de plumas hechas con seda china, y cuyo color rosado recogía los más bellos reflejos del sol. Era un sol rojo, pero rosado.

Era curioso: ahora tenía la duda de si el sol era rojo o rosado. Tenía la duda de si el sol reflejaba el color de sus alas o sus alas reflejaban el color del sol.

¡Qué hermoso era todo! Claro.

Naturalmente.

¿Cómo no había de ser todo hermosísimo, si estaba en el cielo? Aunque tampoco de esto estaba muy segura. En realidad, pensaba que estaba en el cielo porque era un ángel. Eso sí era seguro: era un ángel. Porque sólo los ángeles tienen alas, ¿no es así? ¡Y qué bellísimas eran sus alas!

Sin dejar de volar, volvió la cabeza para contemplar sus alas, que se movían majestuosamente… Mucho más majestuosamente que cuando ella había sido gaviota…

¡Qué cosas tan extrañas de pensar! Pero, en efecto, en su memoria infalible estaba el nítido recuerdo de que alguna vez ella había sido gaviota, y, naturalmente, había volado sobre el mar. Pero sus alas no eran entonces tan bellas como las de ahora. Y era natural, pues hay mucha diferencia entre ser un ángel y ser una gaviota.

Y ahora era un ángel. Un ángel desnudo que volaba bajo un cielo de azul maravilloso. También pudo verse los pechos, el vientre y las piernas. ¡Ah, sí, qué cuerpo tan hermosísimo tenía! ¡Qué pechos tan tersos y turgentes, qué caderas tan perfectas, qué muslos tan esbeltos y al mismo tiempo rotundos…! Y una larguísima cabellera que colgaba por ambos lados de su rostro, y que, ¡cosa

curiosa!, era de color azul, más o menos como el del cielo.

Se sentía feliz.

Todo estaba en orden. Era hermoso existir.

Pero de pronto, se dio cuento de una cosa terrible: no había Tierra. Había cielo y sol, y nada más. No veía el planeta Tierra en parte alguna, y esto le produjo una súbita congoja. ¡Oh, Dios, ella amaba muchísimo el planeta Tierra, SU planeta, con sus gentes, sus plantas, sus animales, sus mares y sus nieves…!

Y el planeta Tierra no estaba.

Tal vez estaba en otro sitio. Siempre había oído decir que el planeta Tierra no es más que una mota de polvo en el espacio inmensurable. Y claro, una mota de polvo tenía que ser muy difícil de ver.

Qué tontería… Si el planeta Tierra estuviera, donde tenía que estar ella lo vería, eso era todo.

Pero no estaba.

De modo que sólo podía haber dos explicaciones. A saber: a) alguien se lo había llevado, y b) había sido destruido, pulverizado, y sus restos se había esparcido no ya como polvo, sino como simple humo, por todo el universo. De las dos opciones, la más creíble era la segunda, porque no parecía factible que alguien pudiera llevarse un planeta, Así pues, había sido destruido.

Ya no existía la Tierra.

No había aves, ni seres humanos, ni montañas, ni mares, ni ríos, ni flores, ni peces, no había animales de ninguna clase… ¡Dios bendito, finalmente habían destruido el planeta Tierra!

Entonces, ella se puso a llorar. Seguía volando majestuosamente y llorando con una tristeza sin medida. Sus lágrimas eran de color azul, como sus ojos tan bellísimos y ahora tristes. Lágrimas de color azul que caían hacia el vacío infinito refulgiendo como piedras preciosas inéditas, jamás antes conocidas.

Y entonces, justo cuando estaba llorando y las lágrimas hacían que viese distorsionadas las imágenes, aparecieron los robots volantes.

Quedó atónita. ¿Robots volantes? ¿Quizá las lágrimas le hacían ver visiones?

Pero no. Eran robots volantes, que se acercaban a ella. No tenían alas, naturalmente, sino perfectos propulsores montados en sus

metálicas espaldas. Propulsores de gran potencia, que los hacían desplazarse por el espacio en silencio y con toda seguridad. Pero eran horribles. Ella era hermosa, era un ángel, y los robots eran horribles. Parecían tubos de acero, con pequeñas extremidades superiores y unas piernas diminutas. Tenían cabeza, por supuesto. Era como un balón, totalmente esférica, y en ella destacaban lo que sin duda eran los ojos, o sea, dos objetivos de cámara fotográfica, o de televisión… Seres metálicos horrendos.

Volaban hacia ella, y ella los esperó. A fin de cuentas, no temía a nadie en todo el universo, pues ella era la Guardiana de los Cielos, y nadie había podido jamás lastimarla ni vencerla en nada. Era tan hermosa, de aspecto tan angelical, incluso infantil, que la llamaban Baby. ¿No era gracioso este nombre pana una Guardiana de los Cielos?

Los robots la alcanzaron, y uno de ellos dijo:

—¿Tú eres Baby, la agente celestial?

—En efecto —dijo ella amablemente—. ¿Y quiénes sois vosotros?

—Somos Unkle y Munkle, servidores del Nuevo Dios. Acompáñanos.

—¿Del Nuevo Dios? —Se sorprendió lógicamente Baby—. Válgame los Cielos… ¿De qué estáis hablando? Y otra cosa: en los Cielos no hay robots. Eso era en la Tierra, pero en el Cielo no hay robots. ¡Sería de lo más absurdo!

—Tú puedes decir lo que quieras, pero nosotros somos los robots Unkle y Munkle, somos los servidores del Nuevo Dios, y éste quiere que te llevemos a su presencia. Si aceptas acompañarnos a las buenas será mejor para ti.

Baby soltó una carcajada que resonó en todo el ámbito celestial.

—¿Me estáis amenazando? —exclamó—. ¿A mí? ¿Jamás vencida ni en la Tierra ni en los Cielos? La agente celestial.

Entonces, uno de los robots alzó uno de sus cortos brazos, y de la parte de la mano brotó un delgado haz de luz violácea que impactó entre los bellísimos senos de la agente celestial. En el acto, la agente Baby quedó paralizada. Incluso sus alas dejaron de batir, y ciertamente, se habría precipitado en el vacío sin fin del universo si los dos robots no se hubieran apresurado a acercarse a ella y sujetarla por sus paralizadas alas.

—Ahora —dijo uno de ellos—, vendrás con nosotros.

Reanudaron su vuelo con energía nuclear, o algo parecido, llevándola sujeta y suspendida pon las alas. Parecía un pajarillo cazado y pisoteado.

Se sentía humillada y furiosa.

¿Cómo era posible que la hubieran vencido dos simples, dos repugnantes robots?

Quiso hablar, pero tampoco esto podía hacer, pues toda ella estaba paralizada. Incluso los ojos. Era una sensación verdaderamente humillante y angustiosa, algo nuevo para ella. ¿El Nuevo Dios? ¿Cómo podía haber un NUEVO Dios? ¡Qué ocurrencias! Solamente podía haber un Dios en todo el universo, de modo que aquel par de estúpidas máquinas la estaban engañando. ¿Quizá querían violarla y la llevaban a algún lugar donde se sintieran seguras y en condiciona de gozar de ella? Sintió deseos de reír al pensar en esto, pero tampoco podía reír. Pero tenía gracia la idea: un robot violando a un ángel…

Aparecieron las nubes. Eran nubes negras.

Qué horror, nubes negras. Y flotaban en una inmovilidad escalofriante, siniestra. Nubes como de algodón negro. Era lo más horrible que Baby había visto en su vida, y se sintió sobrecogida y temerosa.

Los robots llegaron a las nubes negras, y volaron un breve espacio de tiempo entre ellas. Todo era tenebroso, impresionante, horrible. Era una negrura como jamás había conocido otra.

De repente, se disipó la negrura. Se encontró de nuevo bajo el cielo de espléndido azul, pero todavía sobre nubes negras. Había un trono. Y en ese trono, un hombre. O un demonio. Lo seguro era que ni era un robot ni era un dios de ninguna clase.

Parecía un hombre.

Un hombre enorme, quizá de dos metros y medio de estatura, hercúleo, musculado de un modo admirable. Estaba desnudo, ofreciendo el espectáculo de su hermoso cuerpo. Tenía un pene descomunal. Su cabeza era grande, redonda, y en ella destacaban sus grandes ojos de una negrura infinita. Era completamente calvo… No, no era esto exactamente. Era que no había vello en parte alguna de su cuerpo. No era que hubiese perdido el cabello, sino que jamás lo había tenido.

Era un ser absolutamente impresionante.

—De modo que tú eres la agente celestial que llaman Baby —tronó su voz.

—Así es —dijo ella, sorprendiéndose de poder hablar pon fin.

—Muy bien, tu cometido celestial ha terminado. Yo soy ahora el Nuevo Dios, y no necesito tus servicios de custodia de los Cielos. De esa clase de vigilancia se encargarán mis robots. En cuanto a ti, simplemente te dedicarás a complacerme sexualmente. Ven a arrodillarte arte mí, y ya sabes lo que tienes que hacer. ¿No me has oído? ¡Vamos, empieza ahora mismo!

—No pienso complacerte —rechazó fríamente Baby—. Si quieres esa clase de placer, que te lo proporcionen tus robots.

El Nuevo Dios se echó a reír, y acto seguido les hizo una seña a Unkle y Munkle, que sujetaron a Baby y la colocaron a la fuerza ante las rodillas y el descomunal pene del Nuevo Dios.

—Vamos, empieza —exigió éste.

—¿Dónde está Dios? —preguntó Baby—. ¿Dónde está el verdadero Dios?

—Lo tengo prisionero, bien vigilado y sometido a mi voluntad. Del mismo modo que voy a someterte a ti, y a todos. Todo el universo tendrá que aceptar pronto el gobierno de este Nuevo Dios que puede engendrar todos los males si no es obedecido y acatado con plena sumisión.

—¿Dónde está la Tierra? —preguntó ahora Baby, segura de que el Nuevo Dios tenía la clave de su desaparición.

El Nuevo Dios emitió una carcajada que hizo temblar todos los cielos.

—¡La Tierra está en el Infierno! —exclamó entre risotadas.

—¿En el Infierno? —Palideció el bellísimo ángel celestial—. ¿Qué quieres decir?

—¿No sabes lo que es el Infierno? ¡Ese horrible lugar donde solamente se va a sufrir, y donde todo termina por ser destruido!

—No —gimió Baby—… ¡No, por favor!

—¿Qué te pasa? —Gruñó el Nuevo Dios—. ¿A qué vienen esos gimoteos?

—No destruyas la Tierra… ¡Por favor, no destruyas la Tierna, no hagas eso! Ni la tengas en el Infierno, no quiero que sufra, no quiero que sufra nadie de la Tierra, quiero que todos sean felices,

desde los pájaros a las víboras, desde los hombres a los peces, desde las flores a los volcanes… ¡Por favor, saca a la Tierra del Infierno, sácala de ahí, y si lo haces seré para siempre tu esclava…!

—Es inútil tu humillación y tu servilismo. He decidido que finalmente la Tierra sea destruida, y nadie podrá impedirlo. ¿No lo entiendes?: solamente es un planeta, uno entre millones de ellos, y no el más hermoso…

—¡Sí es el más hermoso!

—Allá tú, si prefieres creerlo así, pero en lo que a mí respecta, ya te digo que es sólo uno más de los muchos que hay en mis dominios, y si quiero destruirlo, lo destruiré.

—No —comenzó a llorar Baby—… Te lo suplico, no lo hagas, pídeme lo que quieras, pídeme todo cuanto se te antoje, pero no destruyas la Tierra, yo la amo, la amo, la amo tanto, la amo… ¡No quiero que la destruyas! Pídeme lo que quieras…

—De acuerdo: dame un beso de amor.

—No lo hagas, no lo hagas… ¡Te lo suplico!

—Mujer, tampoco es nada tan terrible que te dé un beso…

—¡No lo hagaaaaassss…! —gritó Baby.

—¡Brigitte, despierta! ¡Vamos, despierta!

Se sintió sacudida, abrió los ojos, y vio enseguida el rostro preocupado de Frank Minello. Su viril rostro de ex boxeador, noble y honesto, sus ojos castaños y limpios, de mirada directa. Frankie estaba sentado en el borde de la cama, y la sujetaba por los brazos cariñosamente, mirando sus azules ojos con ansiedad.

—¿Te sientes mejor? —inquirió—. Creí que me estabas gastando una broma con todo eso de pedirte lo que quisiera, pero me parece que tenías una pesadilla.

Brigitte Montfort cerró los ojos, y estuvo así unos segundos, inmóvil, sentada en su cama. Estaba en su cama, en su dormitorio de su apartamento en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida de Nueva York. No era un ángel con alas llamado Baby. Era la agente «Baby», desde luego, pero no de los Cielos, sino de la CIA. No existía el Nuevo Dios, ni los robots Unkle y Munkle, ni la Tierra estaba en el Infierno…

—Estás empapada en sudor —oyó la voz de Minello—… Deberías bañarte cuanto antes, Brigitte.

Abrió les ojos. Allá estaba el bueno de Frankie. Todo normal.

Había sido una terrible pesadilla. Punto final. Y en efecto, estaba sudando. Un sudor de angustia por la insólita experiencia onírica que acababa de pasar. Sí, lo mejor era tomar un baño cuanto antes.

Salió de la cama, se quitó la camisita de dormir, que estaba empapada, y la dejó sobre la cama, para que Peggy la recogiera junto con las sábanas cuando hiciera la limpieza del dormitorio.

De repente, miró a Frankie, que la miraba embobado por su sensacional belleza.

—Oye —frunció el ceño la divina espía—, ¿y qué haces tú aquí, en mi dormitorio?

—He venido a las nueve, la hora que convinimos. Y cuando Peggy me dijo que aún estabas durmiendo no podía creerlo, de modo que vine a ver si era cierto… y a despertarte, en ese caso.

De repente, Brigitte lo recordó todo, y lanzó una exclamación.

—¡Cielos, lo de la NEWE! —Se llevó las manos a la cabeza graciosamente, haciendo brincar sus bellísimos pechos—. ¡Qué desastre! ¿Qué hora es?

—Las nueve y veinte.

—¡Oh, no! ¡Ni siquiera tengo tiempo de tomar un baño, tendré que conformarme con una ducha…! ¡Frankie, debiste despertarme enseguida!

Corrió hacia el cuarto de baño, se metió en la bañera, y abrió el grifo, resoplando al recibir de lleno el apretado y caudaloso riego caliente. ¿Cómo había podido dormir hasta tan tarde? Nunca le había ocurrido nada tan siquiera parecido, era increíble. Unkle y Munkle, qué gracioso… Ah, pero había sido delicioso volar por los amplios espacios celestiales, con aquellas alas rosadas tan encantadoras.

¡Qué sujeto tan impresionante el Nuevo Dios!

Terminó de ducharse, y salió de la bañera. Frente a ella estaba Frankie, que le tendió una toalla.

—Eres un mirón, ¿sabes? —protestó ella.

—Y tú una exhibicionista —masculló Minello.

Brigitte se echó a reír; mientras se secaba rápidamente, se contemplaba en el espejo.

Ojos color del cielo…

Por medio del espejo miró a Minello.

—Esa inauguración es a las once, ¿verdad, Frankie?

—Sí. Tenemos tiempo, pero no nos sobra. ¿Qué estabas soñando?

—¡Huy…! —Brigitte se echó a reír—. ¡Ya te lo contaré por el camino! Se me está ocurriendo que podríamos alquilar un helicóptero, y así nos evitaríamos muchos problemas… y tiempo. Hay unas cien millas de aquí a Coldbrook, ¿no?, y la 87 es una vía de mucho tránsito.

—Pero yo me había hecho la ilusión de ir en coche, paseando, y volver sin prisas —protestó Minello.

—¿Qué tiene de malo pasear en helicóptero? ¿Acaso no te parece precioso un paseo por el cielo? Además, sólo tenemos prisa para llegar allá a tiempo de la inauguración. Luego, te prometo que haremos lo que tú quieras.

—¿De verdad? —exclamó Frankie.

—De verdad —rió Brigitte—… ¡Pero mucho cuidado con lo que se te ocurra pedirme!

—Lo has prometido —la apuntó Minello con un dedote—. ¡Y cuando tú prometes una cosa la cumples!

—Está bien, está bien… ¡Ve a encargar un helicóptero por teléfono! Que nos lo dejen en la azotea, como otras veces. Aunque no sé… ¿Realmente crees que vale la pena toda esta molestia?

—Debería ser así, porque ese Masterson lleva un par de semanas diciendo que va a asombrar al mundo, y ese día ha llegado, es hoy. No sé qué demonios puede haber construido en esos terrenos de la NEWE al pie de las Catskill, pero sea lo que sea está obligado a causar asombro, o se reirán de él. Y otra cosa: no creas que puede estar en la inauguración todo el que quiere, ya que las invitaciones se han repartido de modo muy selectivo… ¡Y además, ya convinimos que pasaríamos los dos un día de campo, paseando en automóvil, sentándonos a la orilla de los ríos…!

—Sí, sí, lo recuerdo. En fin, pide el helicóptero: iremos a ver esa… sorprendente inauguración del enigmático señor Masterson.

Capítulo II

Apenas eran las diez y media de la soleada mañana invernal cuando divisaron el pequeño Ashokan Lake, justo en el límite exterior de Catskill Park. Ya dentro de los límites del Parque, divisaron la localidad de Coldbrook, donde la NEWE (New World Enterprises) tenía su principal factoría de elementos electrónicos para satélites de comunicación. En poco tiempo, la NEWE había escalado uno de los primeros puestos en esta clase de industria en los Estados Unidos. Su mayor accionista, prácticamente su propietario y presidente, era Vernon Masterson, un personaje de escaso relieve hasta entonces y al cual muy pocas personas conocían. Una cosa no se podía dudar del señor Masterson. Era un hombre de ideas y de iniciativas que había sabido en poco tiempo organizar todo un imperio electrónico.

—Pues menos mal que se te ha ocurrido la idea de venir en helicóptero —bufó Minello—, o habríamos llegado tarde. ¡Cómo pasa el tiempo!

—El tiempo no pasa, Frankie —replicó Brigitte, que pilotaba el aparato.

—¿No?

—No. Pasamos nosotros, pero no el tiempo. El tiempo queda, es siempre el mismo, siempre igual. Nunca se gasta.

—Tú tampoco te gastas.

Brigitte se echó a reír. Divisaron unos pequeños bosquecillos, y, más allá, las más altas cumbres de las Catskill Mountains; a su izquierda, el Monte Slice, de cuatro mil doscientos cuatro pies de elevación; al frente, el Hunter, de cuatro mil veinticinco pies. Y entre ambos, la explanada de denso verdor donde se hallaban los terrenos de la NEWE, entre las localidades de Coldbrook, Phoenicia y Branch.

No tuvieron ningún problema para localizar la factoría de la

NEWE, pues muy pronto divisaron sus grandes letras pintadas en el tejado de una de las grandes naves ubicadas entre bosquecillos de pinos. En una pequeña explanada había unos cuarenta automóviles, y cerca de éstos alrededor de un centenar de personas, la mayoría de las cuales alzaron el rostro para mirar el helicóptero que en aquel momento los sobrevolaba.

—Parecen un rebaño de ovejas —murmuró Minello—… Si aterrizases entre ellos saldrían corriendo y balando, a buen seguro. Mira, puedes aterrizar ahí, a la derecha de donde están los automóviles. Hay sitio de sobra… ¿Qué haces? ¿Acaso no te gusta ese sitio para dejar el helicóptero?

—Voy a dar otra vuelta por encima del lugar —dijo Brigitte, haciendo con la cabeza un gesto hacia delante.

Minello miró hacia allá, hacia donde se veía aquella especie de montaña de plástico. Mejor dicho, había una enorme cubierta de plástico de color verdoso ocultando algo. Talmente parecía una lona de camuflaje para aviones en tierra, pero de un tamaño colosal. O sea, que la cubierta de plástico no debía de ocultar un avión. Tampoco una montaña, claro: habría sido absurdo confeccionar aquella enorme cubierta para tapar un monte.

—Debe de ser un edificio —comentó Minello—: ese tipo ha construido aquí un edificio de cuarenta pisos, y ahora quiere darnos la gran sorpresa a todos.

Pero no veo qué puede tener de extraordinario un edificio, aunque esté rodeado de bosquecillos de pinos.

Brigitte asintió. Dado el tamaño de lo que ocultaba la gran cubierta de plástico, en efecto, sólo podía tratarse de un edificio…

—O quizá sea un satélite de comunicaciones —dijo de pronto Minello.

—¿De ese tamaño? —Le miró Brigitte—. Claro que no, Frankie. Incluso sería enorme para contener un laboratorio espacial. Tiene que ser un edificio.

—Pues de acuerdo, es un edificio. Pero bueno, ¿qué haces ahora? ¿Aterrizamos o no?

—Dentro de un momento.

Brigitte sobrevoló aquella gran masa oculta por la cubierta de plástico, y se alejó, describiendo luego una amplia vuelta para emprender el regreso hacia la zona donde estaban estacionados los

automóviles. Minello, que la contemplaba atentamente, frunció el ceño, pero no dijo nada. Hacía ya mucho tiempo que sabía que Brigitte podía ser cualquier cosa menos tonta. Y si daba vueltas por allí, por algo sería.

—¿Te has dado cuenta? —preguntó ella de pronto.

—¿De qué?

—Toda la zona dentro de la cual se hallan las naves de la NEWE y esa… cosa tapada con la cubierta de plástico, está rodeada de pequeños bosquecillos, que parecen plantados a propósito, como… colocados ahí formando la decoración de un escenario cuyo centro sean las naves, la factoría. Y he visto por lo menos dos trozos de alambrada y un *jeep*.

—O sea, que están vigilando la factoría.

—Evidentemente.

—¿Y qué tiene eso de sorprendente? Muchísimas empresas utilizan hoy día servicio de seguridad privado, para evitar que se acerquen mirones o gente que pueda provocar cualquier accidente.

—Es cierto —admitió Brigitte.

Dirigió el helicóptero hacia la zona que antes había señalado Minello. Ya volando muy bajo, vieron dos camionetas de emisoras de radio y otra de una cadena de televisión, que sin duda habían conseguido sendas exclusivas por la información de lo que fuese que allí se produjera dentro de poco.

Eran las once menos diez de la mañana cuando la señorita Montfort aterrizó. Inmediatamente, acudieron dos sujetos atléticos y con cara de malas pulgas, que le rogaron que se identificara. Minello lo hizo por los dos, exhibiendo la invitación que había sido enviada días atrás al Morning News.

La actitud de los dos hombres cambió radicalmente, tornándose de una amabilidad exquisita, especialmente porque uno de ellos le susurró al oído del otro que aquella señorita era la famosísima periodista Brigitte Montfort. Acudieron algunos periodistas que conocían a Brigitte, y la mayor parte también a Minello, y se procedió a un cambio de saludos y a comentarios de toda clase.

Nadie sabía qué había bajo la cubierta de plástico.

—La cosa está así —explicó uno de los periodistas—: la NEWE ha estado mucho tiempo trabajando en secreto en ese proyecto, y una vez terminado ha enviado invitaciones a los más prestigiosos

medios de información nacional para que presencien su inauguración y den noticia de ella por radio, prensa y televisión. Pero lo que haya debajo de esa cubierta es todo un misterio.

—No para quienes hayan tomado parte en el proyecto —dijo otro.

—Hombre, claro, pero esas personas deben de estar empleadas en la NEWE, y les habrán dado órdenes de mantener el secreto. Y lo han guardado muy bien.

—Esa… cosa tan grande —intervino uno de los enviados por la televisión— sólo puede ser un edificio.

—También podría ser una rampa de lanzamiento de satélites de comunicación —sugirió otro.

—Eso tiene asentido. A fin de cuentas, la NEWE fabrica material para satélites de comunicación, así que… bien podría haber decidido lanzar por sí misma sus propios satélites.

—Eso sería demasiado —intervino otro—. Demasiada envergadura para una empresa privada. Si una empresa semejante…

—Las once en punto —dijo Brigitte, sonriendo—. Y puedo asegurarles que el señor Masterson es una persona puntualísima: ahí lo tenemos. Es decir, supongo que quien llega en ese… vehículo es él.

Todos quedaron estupefactos contemplando el vehículo que llegaba silenciosamente. Medía no menos de ocho metros, era blanco impoluto, hasta el extremo de que la parte exterior de sus neumáticos había sido pintada de blanco, y lo conducía un chófer vestido de blanco, junto al cual iba otro hombre uniformado del mismo modo. El sol hacía centellear la pulida superficie del sensacional automóvil y sus cromados.

—Zambomba —pudo exclamar por fin Minello—… ¡Eso no es un coche, es un… un apartamento rodante!

Hubo unas cuantas risas. El automóvil se detuvo entre el centenar de invitados y la mole oculta por el enorme plástico. Detrás de este automóvil llegaron otros dos, normales, de cada uno de los cuales se apearon cuatro hombres atléticos que se distribuyeron por el lugar con gran habilidad.

Minello se inclinó hacia una oreja de Brigitte, la mordisqueó, y antes de que ella tuviera tiempo de protestar, susurró:

—Parecen guardaespaldas de un presidente.

—Cállate.

Dos de las portezuelas laterales del vehículo blanco se abrieron, dejando paso a dos sujetos que causaron el pasmo general; cada uno de ellos medía no menos de dos metros, eran igualmente rubios, igualmente hermosos, igualmente jóvenes, y vestían igualmente de blanco unos atuendos deportivos.

—Damas y caballeros —hizo oír uno de ellos su armoniosa voz—: solicito su atención, por favor.

Del interior del vehículo apareció el tercer personaje, un sujeto de unos cincuenta años, delgado, de aspecto frágil, delicado y bello, incluso con un cierto aire poético y que vestía de modo un tanto descuidado. Llevaba gafas de gruesos cristales, tras los cuales sus claros ojos ofrecían una expresión de candidez y cansancio.

—Francamente —volvió a susurrar Minello al oído de Brigitte—, no me impresiona demasiado el señor Masterson. ¿Y a ti?

Brigitte no contestó. Miraba atentamente al hombre de aspecto poético. Su frente era amplia, abultada. Tenía un aspecto de intelectual sumamente desarrollado, parecía uno de esos extraños sujetos que apenas saben vivir cuando los sacan de su laboratorio.

—Señoras y señores —dijo el poético personaje—, en nombre de la NEWE les anticipo las gracias por su atención al aceptar nuestra invitación. Les va a hablar ahora el señor Masterson.

—Ah —exclamó Minello—, pero… ¿no es ese el señ…?

Se calló de pronto, quedando con la boca abierta. Pero no fue el único que se quedó pasmado, ni mucho menos. Incluso Brigitte se quedó boquiabierta observando la entrada en escena del nuevo personaje, la aparición del señor Vernon Masterson. Éste, ciertamente, no se apeó del automóvil por una de las puertas, como los demás, sino que apareció por el techo. Un rectángulo de éste se había deslizado en silencio, y por el hueco emergió el hombre, sentado en un pequeño y confortable sillón tapizado de blanco que se hallaba al extremo de un poderoso brazo mecánico que lo alzó hasta que quedó un par de metros por encima del techo del vehículo.

El sujeto en cuestión parecía menudo, casi diminuto y enclenque, y lucía una extraordinaria cabellera rubia y alborotada que le confería un cierto aire de querubín, aumentado por el azul

intenso de sus grandes ojos sonrientes y amables… Parecía tener unos cuarenta años y un carácter sencillamente encantador, a juzgar por su sonrisa.

—Zambomba —dijo por fin Frankie—, ¡qué aparición más teatral!

—La madre que lo parió —masculló otro periodista.

—A todos ustedes, muy buenos días y gracias por su presencia —dijo el personaje del trono elevado—. Ya conocen ustedes al ingeniero Michael Washburn, de quien debo decir que ha sido el artífice técnico de toda la obra que pronto van a presenciar. El ingeniero Washburn podría explicarles todo esto con mucho más detalle que yo, pero él es muy tímido y todavía más modesto, y ha preferido que sea yo, un gran charlatán, quien les hable de nuestro mundo privado: el mundo de la NEWE… Lo van a ver enseguida. Undike, avisa para que retiren la cubierta.

Uno de los guapísimos gigantes vestidos de blanco sonrió encantadoramente.

—Sí, señor Masterson.

Sacó un pequeño *walkie-talkie*, dio una orden, y acto seguido señaló hacia el gran bulto. Desde alguna parte no visible desde allí, alguien accionó los engranajes o el sistema de suspensión del enorme plástico, que de pronto se dividió en varios grandes trozos que quedaron sueltos y, por su propio peso, se deslizaron hasta el suelo, dejando el descubierto la mole que hasta entonces habían estado ocultando.

El asombro fue tal que ni siquiera se oyó una exclamación.

Todas las miradas estaban fijas en «aquello», mientras, desde su elevado sitial, Vernon Masterson iba mirando a sus invitados sin perder su encantadora sonrisa.

—Zambomba —pudo repetir, por fin, el atónito Minello.

Brigitte ni siquiera le oyó esta vez. Toda su atención estaba puesta en la Tierra que parecía flotar ante ella. En aquella reproducción gigantesca del globo terráqueo, cuyo diámetro por la línea del ecuador debía de ser de unos cien metros.

Allá tenían el planeta Tierra.

Tal como podía verse en cualquier escuela, un globo terráqueo con los mares y los continentes bien señalizados y pintados con los clásicos colores utilizados en la cartografía internacional. Sobre un

gigantesco trípode de construcción pintado de blanco, el planeta Tierra. Visto desde allí se le podía calcular su altura de más de cien metros, contando el trípode. Estaba hecho con tal perfección que talmente parecía que de un momento a otro se iba a desprender de aquella maqueta el agua de los mares y las nieves de las más altas cumbres.

—Su silencio es todo un elogio para mi idea y todo un homenaje a la labor del ingeniero Washburn —volvió a oírse la voz de Vernon Masterson—. Verdaderamente, puedo asegurarles que la construcción de nuestro Planetum no ha sido nada fácil. Sin embargo, hemos contado con magníficos obreros que han sabido obedecer las órdenes y aceptar los riesgos. Quiero que sepan que Planetum está hecho a base de piezas de plástico que han tenido que ser ensambladas unas a otras de un modo minucioso y preciso. Es una obra para auténticos gigantes del trabajo y de las ideas. Y ustedes, claro, se están preguntando para qué sirve Planetum.

No sin esfuerzo, los presentes consiguieron sustraerse a la fascinación que ejercía en ellos el enorme planeta Tierra de plástico, y regresaron sus miradas al elevado personaje que se mostraba tan satisfecho.

—Yo les diré a ustedes para qué sirve…, es decir, para qué servirá Planetum en un futuro en absoluto lejano. Como todos ustedes saben ya es actualidad el uso de satélites artificiales para las comunicaciones mundiales, aunque, ciertamente, su costo los hace prohibitivos para las empresas privadas, que deben recurrir al pago de unas… cuotas muy considerables a los organismos oficiales que detentan la explotación de esos satélites. La NEWE tiene en proyecto la fabricación de satélites de comunicación que podrán proveer a sus clientes mundiales de canales de recepción a unos precios verdaderamente… razonables. La NEWE lanzará al espacio satélites de comunicación cuyo control se realizará desde determinado punto de la Tierra, y lo hará de tal modo que en todo momento el sistema pueda funcionar en todo el planeta al mismo tiempo. Estoy seguro, damas y caballeros, de que ustedes ya han comprendido cuál será ese determinado punto desde el cual se realizará el control de la flota de satélites de la NEWE.

—¿Se refiere usted a Planetum? —señaló un periodista la enorme maqueta.

—Naturalmente. El interior de Planetum es prácticamente hueco. Ha sido concebido de modo que podrá albergar toda una… factoría enormemente sofisticada. Una inmensa nave de controles y personal cualificado dirigirá y aprovechará adecuadamente toda la información de nuestra futura flota de satélites. Ahí dentro —Masterson señaló teatralmente la maqueta de la Tierra— vivirán personas seleccionadas bajo cuya supervisión se procesará toda la información recogida por nuestros satélites. Con ello, la NEWE desea conseguir dos objetivos igualmente importantes. Objetivo uno: obtener grandes beneficios, como es lógico. Objetivo dos: contribuir a la comunicación fácil y económica entre todos los puntos de la Tierra, para el mayor entendimiento y armonía entre todos los países y todas las razas. El sistema de fabricación de satélites por parte de la NEWE ha sido tan minuciosamente diseñado que estamos ya sirviendo material a diversos gobiernos. Pero la NEWE desea hacer algo más que trabajar para gobiernos que pueden, quizás, acaparar las informaciones, imponer un poco su… autoridad o su selección informativa. En un mundo en el que debería imperar la democracia y la libertad de pueblos y personas, la NEWE desea contribuir a ello aportando lo que mejor puede y sabe hacer: las comunicaciones mundiales. Nosotros agradeceríamos que ustedes difundieran eso a nivel mundial, para que empiecen a llegar a la NEWE pedidos de material y de afiliación a nuestra red informativa. ¿Cuándo va a empezar la NEWE a lanzar satélites propios y a estar en condiciones de proporcionar esos servicios informativos? La respuesta es ésta: YA. Antes de un año, la NEWE tendrá ahí arriba —Vernon Masterson, de nuevo teatralmente, señaló ahora hacia el cielo— media docena de satélites. Damas y caballeros, si ustedes desean hacer preguntas, tomar fotografías o película, acercarse a examinar Planetum, o, en fin, requerir cualquier clase de información o de material, todo el personal de la NEWE está a su disposición.

Señaló ahora hacia las naves sobre cuyos tejados constaban las letras de la empresa, y los invitados vieron la gran cantidad de empleados que salieron de su interior, silenciosos y disciplinados. El estupor había cedido, pero seguía vigente la admiración y una cierta incredulidad.

—¡Y nosotros ni siquiera hemos traído cámara! —exclamó

Minello.

—Estoy segura de que si pedimos una nos la facilitarán —dijo Brigitte.

—¿Tú crees?

—Vamos a probar.

Se dirigieron hacia los dos atletas vestidos de blanco, y Brigitte se plantó ante el que respondía al nombre de Undike, que se quedó mirándola sonriente.

—Señor Undike, no hemos traído cámara… Perdone —pareció recapacitar Brigitte—… He entendido bien, ¿verdad?: su nombre es Undike.

—En efecto. Para servirla.

—Yo soy Brigitte Montfort… y éste es mi compañero Frank Minello, ambos del Morning News. Bueno, se va a reír usted de este par de periodistas, señor Undike, pero… ¡no hemos traído cámara fotográfica!

—Eso no es problema —aseguró Undike—: mi compañero les proporcionará una a su satisfacción. ¡Mondale!

El otro atleta rubio vestido de blanco se acercó, escuchó a Undike, y aseguró que iba a resolver inmediatamente el problema, para lo cual recurrió a su aparato de comunicaciones, solicitando dos cámaras fotográficas. Mientras tanto, el gran brazo mecánico habíase replegado, y el sillón y su ocupante habían desaparecido en el interior del enorme automóvil. También el ingeniero Washburn se había metido en el coche, cuyas puertas se habían cerrado. Los cristales eran oscuros y reflectantes, de modo que no se podía ver nada de su interior, a excepción de los dos hombres vestidos de blanco sentados en los asientos delanteros ante los mandos. Los invitados a la inauguración del bello planeta de plástico hablaban ahora entre sí, cambiando impresiones. Algunos iban hacia las naves, otros se acercaban más a Planetum, que se recortaba como en un bello juego de magia en el azul del cielo sostenido por sus tres blancas columnas enormes…

—Supongo —sonrió Brigitte a Undike— que pretender hablar en el interior del coche con el señor Masterson debe de ser una pretensión vana.

—El señor Masterson previno esto, señorita Montfort, y lamenta no poder atender a nadie del modo en que usted desea. No tiene

nada especial contra usted, por supuesto, pero si la recibe a usted tendrá que recibir a otras personas…, y son muchas las que han venido a la inauguración.

—Claro. Lo comprendo. Me habría gustado mucho conversar… en privado con el señor Masterson, pero se comprende que es un hombre sumamente ocupado. De todos modos, gracias.

—De todos modos, cualquier duda le será resuelta por el personal de la NEWE. Esto aparte, más tarde el señor Masterson, volverá a dirigirse a todos ustedes, para atender sus últimas preguntas o consultas. Dentro de unos minutos usted y el señor Minello tendrán sus cámaras. Y ahora, si nos permite, debemos acompañar al señor Masterson.

—Cómo no —sonrió encantadoramente Brigitte—… Es usted muy amable, señor Undike. Y usted también, señor Mondale. Undike y Mondale, ¿verdad?

—Sí —parecieron desconcertados ambos atletas—… Undike y Mondale. Ya sabe que estamos a su disposición.

Brigitte sonrió. Los dos guapos sonrieron, y se metieron dentro del coche enorme, que partió silenciosamente, seguido por la mirada de Brigitte. Minello, le dio un par de golpecitos en un hombro con un dedo.

—Psit —dijo—… Psit, guapa, oiga.

—¿Sí, Frankie? —Lo miró Brigitte.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Qué es lo que pasa dónde? —se desconcertó Brigitte.

—Aquí. A ti. ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que pasa?

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo o queriendo decir… Y me parece que ahí viene el empleado que nos trae las cámaras fotográficas. Se me ocurre una idea: tú haces fotografías a Planetum y yo haré fotografías al resto de la factoría: naves, instalaciones, alrededores… Todo eso. ¿De acuerdo?

—Me dejas pasmado —aseguró Minello—. Y ahora que estamos solos, te lo voy a decir: ¿desde cuándo tú haces fotografías, como un reportero de cámara, puedes decírmelo?

—No te pongas pesado, Frankie. Hemos venido a pasar un agradable día de campo, y estamos en el campo, ¿no es así? ¡Pues disfrutemos de este bello día!

—Hum —dijo Frank Minello.

Hacia las doce y media, todo el mundo parecía sumamente satisfecho de la labor realizada, y todavía más satisfecho por el simpático detalle de la NEWE de instalar un *buffet* en el que se servía de todo, desde simples sándwiches de pollo y lechuga a unos surtidos de canapés sencillamente exquisitos; desde Coca Cola a champán, desde cerveza a aguas minerales; frutas, rosbif, café…

—Bueno —comentó uno de los periodistas—, de lo que no cabe duda es de que la NEWE sabe hacer las cosas a lo grande. Y no lo digo por este almuerzo, claro está. Santo cielo, si alguien me hubiera dicho que alguna vez iba a ver una cosa como esa —señaló el enorme globo terráqueo— le habría dicho que estaba loco.

—Todavía podrían ocurrir cosas más sorprendentes —dijo Brigitte.

—¿Sí? ¿Cómo cuál, por ejemplo?

—Por ejemplo, que Planetum no fuese un… una maqueta estática, sino una… nave que pudiera emprender el vuelo.

Hubo un instante de estupefacción. Luego, todos estallaron en risas. El ambiente era muy grato, el champán era bueno, el día agradable.

—¿Sabe, Brigitte? —Dijo poco después un colega de la Costa Oeste—: esta es la clase de noticia que me gustaría poder dar cada día. ¿No está de acuerdo? Gente simpática, inventos útiles, buena comida, buena bebida… ¡No se puede pedir más!

—Claro que estoy de acuerdo —sonrió Brigitte—. Pero si usted sigue bebiendo, Stanley, me parece que cuando regrese a San Francisco ni siquiera sabrá dónde ha estado el día de hoy.

Hubo risas y bromas. Muy poco después, reapareció el enorme automóvil, y el proceso se repitió, excepto que esta vez el ingeniero Michael Washburn no apareció por parte alguna. Pero sí aparecieron del interior del coche los apuestos Undike y Mondale, y casi enseguida Vernon Masterson emergió en su insólito sitial que lo elevó por encima de todos.

Con su amabilidad ya conocida el amo y señor de la NEWE se interesó por las atenciones y la información que sus invitados habían recibido, respondió algunas preguntas, aseguró que muy pronto los volvería a reunir para la siguiente fase de los proyectos de la NEWE, y terminó ofreciendo una simpática e incluso pícara sonrisa que provocó la curiosidad de todos.

—¿Quién no ha soñado alguna vez con tener el mundo en sus manos? —Dijo—. La mayoría de las personas normales, como ustedes y yo, sin duda lo hemos soñado: ¡ah, ser algo así como el amo del mundo, el gran director que todo lo sabe, todo lo puede y todo lo hace bien…! Algo así como un dios capaz de todo, ustedes ya me comprenden. Pero eso es imposible, ¿verdad?

Hubo risas, y voces asegurando que, en efecto, era imposible. La sonrisa de Vernon Masterson se amplió.

Era como un niño perverso atándole una lata vacía a la cola del gato.

A una seña suya, y también sonrientes, Undike y Mondale comenzaron a repartir unas fotografías que habían estado preparando.

Cuando Brigitte y Minello recibieron la suya, ya había muchos de los invitados que reían en verdad divertidos. Minello también rió al ver el contenido de la fotografía: ésta había sido tomada de tal modo, con tal perspectiva, que Planetum se veía lejos, como flotando en el espacio, y Vernon Masterson, muy cerca, en primer plano, colocaba la mano derecha a la altura del hombro y con la palma hacia arriba. El resultado era que parecía talmente que Vernon Masterson tenía el planeta Tierra en la palma de su mano.

—Les deseo a todos un feliz viaje de regreso a sus domicilios —dijo desde su sillón el simpático personaje—… Y como ven, yo sí puedo decir que tengo el mundo en mis manos.

Todos rieron. Y mientras reía, Minello miró a Brigitte, sorprendiéndose al comprobar que era la única persona allí presente que no reía la simpática broma de Vernon Masterson. Simplemente, Brigitte miraba con gran fijeza al exótico personaje.

—Ya sé que como truco fotográfico es viejo —dijo Minello a Brigitte—, pero no deja de tener gracia, me parece a mí. ¿Qué es lo que a ti no te gusta de esto?

Brigitte le miró, y murmuró:

—¿Por qué supones que algo no me gusta, Frankie?

—Porque te conozco como si te hubiera parido —refunfuñó Minello—, y esa expresión tuya, que para todos puede ser normal y hasta simpática, a mí me dice que hay algo a tu alrededor que no te gusta. Y quiero que me lo digas.

—No me gustan los tipos que les gusta sentirse por encima de

los demás —dijo Brigitte, señalando discretamente hacia el elevado sitial de Vernon Masterson.

—No es más que un enano acomplejado —sonrió Frankie—. Pero bueno, puedes odiarlo todo cuanto quieras. ¡Mientras a mí me ames…!

Brigitte no tuvo tiempo de continuar la conversación, porque se les había acercado Undike, que comprendió que tenía la palabra y se apresuró a hablar.

—El señor Masterson tiene que emprender un viaje esta misma tarde, señorita Montfort, por lo que lamenta no poder atenderla personalmente. Sin embargo, él desea saber si usted aceptaría en otro momento una invitación personal.

—Dígale al señor Masterson que estaré encantada de aceptar su invitación personal…, siempre y cuando mis obligaciones profesionales no me lo impidan. Sucede que yo también tengo compromisos que atender, ¿comprende?

—Se lo diré así al señor Masterson. Muchas gracias.

Undike se alejó.

El brazo mecánico se replegó, introduciendo en el coche gigante al diminuto señor Masterson. Undike y Mondale se metieron dentro del coche, y éste partió.

La señorita Montfort se guardó la fotografía en el bolso, y miró cariñosamente a Minello.

—¿Qué te parece si terminamos el día tal como nos habíamos propuesto?

Lo único que tenemos que hacer es buscar un lugar simpático y donde sirvan hamburguesas.

—Zambomba —se pasmó Minello—… ¡¿De verdad vas a comer hamburguesas?!

—Todas las que quepan en mi barriguita —rió Brigitte.

Capítulo III

—En resumen —murmuró Brigitte—, que no tenemos nada especial sobre esos caballeros.

Mr. Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, movió negativamente la cabeza. Había recibido a Brigitte en su despacho, donde durante tres días había estado acumulando la información que ella le había pedido la noche del día en que había sido inaugurado Planetum. Brigitte había llegado aquella mañana hacía más de dos horas, tiempo que había dedicado a examinar la información reunida por su jefe y viejo amigo. Una información copiosa, para reunir la cual Cavanagh había movilizado durante setenta y dos horas más de setenta agentes e informadores en todo el mundo, trabajando cada cual en su lugar de servicio. El resultado había sido espectacular, pero en absoluto inquietante y ni siquiera interesante. Una vez más, la señorita Montfort había utilizado a la CIA en lugar de ser la CIA la que utilizaba a la señorita Montfort, pero esto era un antiguo acuerdo que se cumplía hacía ya muchísimo tiempo: la señorita Montfort hacía en cualquier parte del Mundo lo que le venía en gana y contaba con todos los recursos imaginables…, y la CIA contaba con la señorita Montfort para resolver intrincados problemas de espionaje. Como decía la propia señorita Montfort: hoy por ti, mañana por mí.

—De todos modos —dijo Cavanagh tras negar con el gesto—, podemos investigar a todo el personal de la NEWE, si lo desea. Será más largo y requerirá más trabajo, pero ese será el único problema.

—No —rechazó Brigitte—. Vamos a dejarlo así.

—Escuche, aquí todos cobramos por trabajar —alzó las cejas Cavanagh—, de modo que no debe preocuparse por movilizar a unos cuantos agentes.

—No, no. Ya le digo que lo dejaremos así.

—¿Por qué no podemos seguir adelante? Tengo una veintena de

muchachos especializados en esta clase de investigaciones que se volverían locos de alegría si los enviara por ahí diciéndoles que se esmerasen, pues los informes a recoger eran para la agente Baby.

—Todos mis Simones son muy simpáticos —sonrió Brigitte—, pero no quiero que nadie se moleste más.

—No es molestia. Y podemos hacer las cosas tan discretamente que…

—Espere un momento —frunció el ceño la divina espía—: ¿se puede saber por qué insiste usted tanto en proseguir esas investigaciones?

—Está clarísimo: cuando usted tiene una corazonada solamente un tonto la pasaría por alto. Y yo no soy tonto. Vamos, Brigitte, nos conocemos muy bien y hace muchísimo tiempo, de modo que yo sé que usted no ha pedido informes de la NEWE, de Vernon Masterson y del ingeniero Michael Washburn sólo por curiosidad. Lo ha hecho por algo muy concreto. ¿Qué es ello?

—Un sueño.

—¿Un sueño? —Se sorprendió Cavanagh—. ¿Un sueño? ¿Quiere decir…, bueno, o sea, esas cosas que nos ocurren mientras dormirnos?

—Claro.

—Ya. Tenemos en la CIA unos grandes intérpretes de los sueños que…

—No necesito que nadie interprete mis sueños, Simón.

—La creo perfectamente. ¿Qué soñó usted… y qué interpretación le dio?

—Soñé que dos robots metálicos llamados Unkle y Munkle me llevaban a presencia del Nuevo Dios, un gigante que había usurpado el trono de Dios tras encarcelar a éste.

Por un instante, Cavanagh quedó atónito. Acto seguido, frunció el ceño, y permaneció así, pensativo, durante casi medio minuto. Por fin, de entre el montón de documentos e informes que Brigitte había ido depositando sobre su mesa tras leerlos, separó dos breves *dossiers* que hacían referencia a John Undike y Joseph Mondale, los dos hermosos gigantes acompañantes de Vernon Masterson. Undike y Mondale. Unkle y Munkle. La mirada de Cavanagh regresó lentamente a los azules ojos de Brigitte, que permanecía sentada en confortable sillón frente a su mesa.

Unkle y Munkle. Un Nuevo Dios que regía el mundo tras destronar al anterior Dios, al Dios de siempre.

—¿Y qué ocurría? —inquirió por fin Cavanagh.

—El Nuevo Dios había metido a la Tierra en el Infierno, y se proponía destruirla completamente. Mientras tanto, me tenía arrodillada ante él, contemplando su enorme pene, y quería que le hiciera caricias especiales.

—Y eso no le gustaba a usted, claro.

—Claro que no. Además, yo era la agente celestial Baby, encargada de que nada malo ocurriese en el Reino de los Cielos.

Cavanagh asintió, y de nuevo miró el montón de informes sobre su mesa.

No había en ellos absolutamente nada que incriminase en el más leve delito a ninguno de los personajes investigados, desde el propio Vernon Masterson, a sus dos hermosos guardaespaldas y sus dos chóferes. No había nada que revelase extrañas actividades de la NEWE, de la cual, por cierto, la prensa, radio y televisión de todo el mundo había reproducido la información inicialmente difundida por los primeros informadores que habían sido invitados a la inauguración de Planetum.

—La verdad es —masculló Cavanagh de pronto— que me pregunto qué de malo podrían estar tramando unas gentes que abren las puertas de todas sus instalaciones a los medios de difusión mundiales… Claro que con esa invitación se han ahorrado muchos millones en publicidad, pero el hecho cierto es que cualquier persona tiene hoy acceso a las actividades de la NEWE, que si bien son, lógicamente, un negocio para ella misma, implica un servicio mundial en la cuestión de las comunicaciones…

—Supongamos que usted tiene un elefante en su pequeño jardín —dijo suavemente Brigitte—… ¿Qué haría? ¿Intentar ocultarlo, o exponerlo y esforzarse para que les resultara simpático a sus vecinos?

—Me parece que no sería fácil ocultar un elefante en un pequeño jardín.

—No, no sería nada fácil, desde luego. Incluso sería imposible.

—Entonces, claro, sólo me quedaría el recurso de intentar conseguir que mi elefante les resultase simpático a mis vecinos, para que nadie exigiera de las autoridades que me lo quitasen y que

lo llevasen a un zoológico… ¿Me está diciendo que esa… ese enorme globo terráqueo, ese artefacto enorme llamado Planetum…, es el elefante de Vernon Masterson?

—La pregunta es: ¿por qué se ha esforzado el señor Masterson en que su elefante nos resulte simpático y sea conocido en todo el mundo?

—¿Por qué? —sonrió Cavanagh.

—Porque es el mejor modo de que muy pronto todo el mundo se olvide de algo que tiene tan a su alcance. Dentro de cuatro días, nadie se acordará de Planetum.

—Pero Planetum seguirá allá, en la factoría de la NEWE.

—Sí.

—Y a usted le gustaría entrar en ese planeta del señor Masterson.

—Zambomba, ¡me encantaría! —exclamó Brigitte, riendo.

—La CIA puede conseguir un permiso que…

—Nada de eso. Ya le he dicho que vamos a dejarlo así. Lo único que quiero que la CIA haga a partir de ahora es… no perder de vista nada de cuanto se relacione de un modo u otro con la NEWE. Eso y solamente eso. ¿Está bien entendido?

—Sí. Pero entre nosotros, Brigitte: ¿qué le sugiere a usted su sueño?

—No me gusta nada —murmuró la espía.

Se despidió de Cavanagh y emprendió el regreso a Nueva York a bordo de un helicóptero pilotado por un agente de la CIA. En el helicóptero constaba la sigla de una empresa privada de servicios que a nadie se le habría ocurrido relacionar con la CIA, y el piloto tenía una cara de buen muchacho que hacía imposible sospechar de él que fuese un agente especialmente entrenado para servicios de alto nivel, entre los cuales, por supuesto, se incluía acompañar y proteger personajes de la categoría de la agente Baby.

Ésta se despidió del simpático y aparentemente inofensivo agente de la CIA en el pequeño helipuerto habilitado en la azotea del Crystal Building, y desde aquí bajó en ascensor hasta el piso veintisiete, donde tenía su apartamento. Ya en éste, Peggy, el ama de llaves, informó a Brigitte que no había ninguna novedad.

Pero sí había una novedad en el contestador automático del teléfono del despacho cuyo número constaba normalmente en la

guía telefónica de Manhattan a nombre de la señorita Brigitte B. Montfort, periodista: una voz de mujer, que Brigitte no conocía, rogaba a la señorita Montfort que llamase a determinado número de teléfono para confirmar su aceptación a la invitación personal del señor Vernon Masterson, el cual estaba aguardando su respuesta.

La señorita Brigitte B. Montfort, periodista, llamó al número que le indicaban, y dijo que estaría encantada de aceptar la invitación del señor Masterson a comodidad de éste. La misma voz femenina de la grabación telefónica le dijo que si le parecía bien pasarían a recoger a la señorita Montfort a las diez de la mañana siguiente. A la señorita Montfort le pareció muy bien.

* * *

Atendiendo a la llamada desde la conserjería del edificio, Brigitte bajó al vestíbulo, donde la estaba esperando el bellísimo, deslumbrante Undike, que tenía atónito al conserje, nieto del viejo Pete ya jubilado. Por supuesto, Undike vestía completamente de blanco, pero todavía era más deslumbrante su sonrisa cuando apareció Brigitte, a cuyo encuentro acudió presurosamente.

—Encantado de volver a verla, señorita Montfort. No le pregunto cómo está porque es evidente que no puede estar mejor.

—Bueno —rió la bellísima—, mejor no, pero podría ser más joven.

—¿Con qué objeto? —se sorprendió Undike—. La juventud sólo sirve para tener buena apariencia, y usted no puede tenerla mejor. Y con la ventaja de que sin duda sabe algunas cosas más que cuando tenía dieciocho años.

—Sí —dijo amablemente la espía más implacable del mundo—, sé algunas cosas más, es cierto.

—Por aquí, por favor. Esperemos que nadie se haya molestado demasiado por la permanencia del coche frente al edificio.

Salieron de éste. Enfrente mismo, estacionado en doble fila, se hallaba el formidable coche blanco de más de ocho metros de longitud, contemplado por los curiosos que nunca faltan. Junto al vehículo, muy atento a todo, se hallaba Mondale, que sonrió encantadoramente al ver a Brigitte, y le abrió una de las portezuelas, saludándola al mismo tiempo.

—Buenos días, señorita Montfort. Es un placer volver a verla.

—Gracias, Mondale. Son ustedes muy amables. Entró en el coche.

E inmediatamente divisó a Vernon Masterson, sentado en el asiento del fondo. Parecía talmente un precioso muñequito colocado allí como insólito adorno. Frente al asiento que ocupaba Masterson había otro, y Brigitte se sentó aquí, delante mismo de Masterson, que se inclinó hacia ella tendiendo su mano.

—Sea bien venida, y gracias por aceptar mi invitación.

—Gracias a usted por invitarme —murmuró Brigitte—. Sé que es un hombre muy ocupado.

Masterson sonrió. Se oyó el chasquido de dos portezuelas, y acto seguido el automóvil se puso en marcha, silenciosa y confortablemente. La parte en la que se hallaban Brigitte y Masterson parecía talmente una pequeña salita de estar, con una mesita central cuya base circular era, y bien pronto quedó esto patente, un bar completo, incluyendo cafetera electrónica. En la parte delantera del vehículo iban, como siempre, el chófer de turno y su compañero o ayudante, ambos, claro está, vestidos de blanco. En la parte central, en un compartimiento más reducido separado del más grande por un panel de cristal ahumado, pero que permitía perfectamente la visión a su través, viajaban los bellísimos Undike y Mondale.

Masterson ofreció café a Brigitte, que aceptó, y se quedó contemplando la perfección del bar-mesita.

—Sé muy bien que este automóvil es ostentoso —dijo Masterson —, pero mire usted, yo no soy de esos que se las dan de pobres. Soy muy rico, y me gusta disfrutar de ello sin hipocresías.

—Me parece muy bien —dijo Brigitte, riendo.

—En realidad, si se detiene usted a pensarlo, las personas como yo somos más beneficiosas para la Humanidad que los pobres.

—No sé si capto el sentido de sus palabras… Gracias.

Brigitte tomó la taza de café, y se quedó mirando al hombrecillo. No debía de medir más de metro sesenta, era sumamente delgado, un alfeñique, pero resultaba… incluso esplendoroso con su hermosa cabellera rubia rizada.

Sus ojos claros parecían expresar una eterna complacencia de buen muchacho. Sin la menor duda, el señor Masterson era una

persona poco corriente. Podía parecer que se le podía partir en dos con la misma facilidad que se parte un palillo, pero viendo aquellos claros ojos que a su vez la contemplaban con interés inocultable, Brigitte se dijo una vez más que la verdadera fuerza de una persona va mucho más allá de su masa muscular. Sí, ella sabía ahora bastantes más cosas que cuando tenía dieciocho años.

—Lo que trato de decir es que, por ejemplo, esas personas de… diversas razas que aparecen en los noticiarios de televisión ofreciendo al mundo el espectáculo de su hambre y demás miserias, no resultan nada gratificantes, más bien ocasionan una cierta depresión e inquietud, ¿no le parece? En cambio, contemplarme a mí resulta… estimulante y agradable. Digamos que siempre resulta más agradable contemplar la riqueza y la belleza que la miseria y la fealdad.

—Eso depende de los ojos que miren, señor Masterson.

—Sí, ya la comprendo a usted, por supuesto, pero desengáñese: la mayoría de la gente sólo ve lo que está a la vista. Quiero decir que sólo ven con los ojos. En cambio, usted, estoy seguro de que ve también con el cerebro.

—Digamos que no resulta fácil engañarme —sonrió amablemente Brigitte.

—Estoy seguro de ello. Sea sincera: ¿cómo me ve a mí?

—Menudo, frágil e inteligente.

Vernon Masterson quedó un instante pasmado. Acto seguido, soltó una carcajada verdaderamente espontánea, mientras Brigitte, con la taza de café en alto, seguía contemplándole sin disimular su interés, su escrutinio del personaje.

—Es usted muy sincera y expresiva —dijo Masterson, todavía riendo—. Y sé que es usted muy inteligente, incluso quizá más que yo. Tenía muchos deseos de conocerla personalmente, pero sabía que tenía que esperar el momento… adecuado. La verdad es que mi intención cuando envié la invitación al Morning News era invitarla personalmente a usted, pero me pareció que todo requiere… su protocolo. Sentí mucho no poder atenderla personalmente el otro día en la NEWE, pero tengo la certeza de que usted comprende la discreción de mi decisión.

—Desde luego. Y no se preocupe: no me sentí ofendida ni molesta en modo alguno.

—Muy amable. Espero que pueda disponer del día completo.

—Desde luego. ¿Cuál es el programa?

—Se me ocurrió que quizás a usted le gustaría conocer Planetum de un modo más… completo.

—¿Quiere decir por dentro? ¿Las instalaciones que hay dentro?

—Me parece —dijo Masterson muy risueño— que le esperan a usted algunas sorpresas, señorita Montfort. Espero que le resulten agradables, o que, cuando menos, sepa apreciar el detalle de ser la única persona en el mundo ajena a la NEWE que haya conseguido conocerlas.

—Siempre he sabido apreciar los detalles —aseguró Brigitte—. Pero dígame, señor Masterson: ¿por qué a mí, por qué he sido elegida para ser la única persona en el mundo que conozca el interior de Planetum?

—Permítame reservarme la respuesta a esa pregunta. Mientras tanto, podríamos conversar de otros temas. Por ejemplo, del artículo que escribió usted sobre la inauguración de Planetum. La verdad, no estoy seguro de que resultase excesivamente simpático para un lector quisquilloso… La impresión que se obtiene leyendo con el suficiente detenimiento su artículo es la de que Planetum es, pura y simplemente, innecesario.

—Evidentemente —sonrió Brigitte— es usted un lector muy perspicaz.

—Sí, lo soy. Pero usted también es una persona muy perspicaz, de modo que ya debe de haber comprendido que uno de los motivos por los que deseo que visite adecuadamente Planetum es convencerla de que no es innecesario. ¿Por qué piensa usted eso de mi pequeño mundo?

—Lo considero un gasto absurdo y una ostentación de lo más banal, considerando que cualquier instalación que pueda contener ahora Planetum, en el futuro puede construirse mejor y más barata en tierra firme y corriente, sin necesidad de crear ese planeta de plástico.

Vernon Masterson sonrió encantadoramente, y dijo:

—Espero convencerla pronto de lo contrario.

Capítulo IV

El automóvil se detuvo justo debajo de Planetum y junto a uno de los tres amplios y sólidos soportes que lo elevaban no menos de seis metros por encima del suelo. Undike y Mondale se apresuraron a salir del vehículo y abrir cada uno una portezuela, ayudando a salir a Brigitte y a Masterson. Brigitte había obtenido la impresión, al pasar por delante de las naves de la factoría, de que en ésta reinaba una actividad normal. Ahora, tras salir del automóvil, divisó en los alrededores de Planetum la vigilancia de no menos de tres hombres que se deslizaban silenciosamente.

—¿Están armados? —preguntó cuando Masterson se colocó a su lado.

—Por supuesto. En la NEWE atenderemos siempre bien a cualquier visitante, pero no pensamos permitir a los intrusos que pudieran tener intenciones poco convenientes. En las entradas al recinto hay indicaciones de que no deben entrar en la NEWE sin solicitar permiso pulsando el botón que se indica… Quien no acepte esta condición deberá atenerse a las consecuencias.

—A decir verdad —murmuró Brigitte—, me parece bien.

Masterson asintió, y señaló una de las columnas. Si esperaba desconcertar de algún modo a su invitada, se equivocó de lleno, pues Brigitte simplemente se acercó, y sonrió cuando Undike pulsó un resorte de la gruesa columna que abrió el acceso al ascensor también de plástico. Entraron los cuatro, y Brigitte comentó:

—Es claro que por alguna parte se ha de acceder a la factoría interior de Planetum, y a decir verdad ya había sospechado que en una de las columnas había un ascensor. Posiblemente, en las otras dos hayan instalado montacargas.

—En efecto —asintió Masterson.

El ascensor terminó su recorrido deteniéndose dentro de lo que parecía una caja asimismo de plástico.

Salieron los cuatro, Mondale apretó otro resorte, y un lado de la caja se abrió. Brigitte fue la primera en salir del servicio de ascensor, apareciendo en una explanada también de plástico, por supuesto de forma circular, y con señalizaciones en el piso, que Masterson explicó que correspondían a la distribución de las diferentes secciones de la factoría que en breve comenzaría a ser construida.

Brigitte asentía, mirando alrededor y hacia arriba.

Lo de alrededor era todo normal, es decir, tenía la forma convexa que se debía apreciar desde el interior de una esfera, y los paneles de plástico translúcido permitían ver la forma de los continentes que por fuera se veían en relieve; asimismo, la luz del día transparentaba lo suficiente para que no fuese necesaria ninguna otra iluminación en aquel lugar.

—Como usted habrá ya comprendido —explicó Masterson—, el aislamiento visual es completo. Quiero decir que nadie desde fuera puede ver el interior de la esfera, ni nadie desde aquí dentro puede ver lo que hay fuera, a excepción de la simple luz. Trabajar en una factoría con estas condicionantes permitirá una mayor concentración en la labor de cada uno: no habrá en parte alguna nada que pueda distraer a los especialistas.

Brigitte asintió, y señaló hacia arriba. El techo que había sobre ellos no era también convexo, es decir, la forma que habría permitido divisar en lo más alto la posición del Polo Norte, sino plano completamente, y se hallaba apenas a diez metros por encima de sus cabezas.

—¿Hay otra planta para más naves ahí arriba? —inquirió la periodista.

—No exactamente —sonrió Masterson.

De un bolsillo interior extrajo un pequeño aparato de mandos a distancia, y oprimió uno de los botones. Ahora sí se sorprendió Brigitte, cuando en el techo que había llamado su atención aparecía una abertura circular, por la cual apareció una cabina que descendió rápida y silenciosamente, para detenerse muy cerca de ellos. Una puerta se abrió en aquel ascensor tubular, y Masterson la señaló. Brigitte entró y lo mismo los demás. El ascensor regresó hacia lo alto. Se detuvo. La puerta se abrió.

La luz del sol deslumbró por un instante a Brigitte, que cerró los

ojos. Estuvo así unos segundos. Luego, salió de la cabina, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no lanzar una exclamación de asombro.

Se hallaba en el Edén. O en una parte de él, del Paraíso Terrenal.

Allí, los paneles de plástico que formaban Planetum eran transparentes, si bien la espía comprendió enseguida que lo eran para quienes estaban dentro del planeta, mientras que quien mirase desde el exterior no podría ver nada del interior, talmente como ocurría con la planta inferior destinada a la factoría especial… Era como hallarse en un gigantesco invernadero-jardín circular y cuyas dimensiones eran de unos cien metros de diámetro. El sol lo inundaba todo como si se hallasen al descubierto en cualquier pradera o montaña. En el centro del lugar había un pequeño chalé, y alrededor todo eran flores de bellísimo colorido, árboles tropicales, una pequeña laguna cruzada por un puentecillo, y senderos para desplazarse de un lado a otro en lo que sin duda constituiría un insólito y exótico paseo.

—Cielos —pudo murmurar por fin Brigitte—…, ¡qué lugar tan absolutamente encantador!

—Tenía la esperanza, casi la certeza, de que le gustaría —murmuró Vernon Masterson—. A decir verdad, lo construí pensando en usted.

—¿En mí? —Exclamó Brigitte—. ¿Por qué motivo?

—Hace tiempo que estoy enamorado de usted, desde que la vi en un programa de televisión, y me propuse convertirla en mi esposa. Me pareció que una esposa tan especial merecía una morada asimismo especial.

Brigitte estaba realmente atónita. Miró rápida y brevemente a Undike y Mondale, que asistían impávidos a la escena, y de nuevo a su anfitrión, que a su vez la contemplaba embelesado.

De repente, Brigitte sacudió la cabeza, como queriendo librarse de brumas, y rió simpáticamente.

—¡Han pedido mi mano de muchas maneras, señor Masterson! —exclamó—. ¡Pero tengo que admitir que la de usted es la más… original!

—Celebro que le agrade.

—Bueno, no interprete mis palabras como una aceptación a su amable ofrecimiento, se lo ruego. Tampoco debe ofenderse por lo

que voy a decirle, pero… he recibido tal cantidad y calidad de ofertas que si yo fuese una mujer impresionable ya haría tiempo que me habría casado… ¡Y muchas veces! —Volvió a reír—. Mire, señor Masterson, a mí me han propuesto desde ser reina a ser simplemente la mujer más rica del mundo. Me han pedido en matrimonio príncipes y jeques, diplomáticos y financieros, aventureros y millonarios. Me han ofrecido como regalo yates, palacios, extensiones de desierto atiborradas de pozos de petróleo, apartamentos de ensueño en la Costa Azul, en Hawaii, en París, en Buenos Aires, en Australia…

—Ya imagino que deben de haberle ofrecido de todo —dijo reposadamente Vernon Masterson—. Pero seguro que nadie le ha ofrecido lo mismo que yo.

—Podría ser —admitió la divina—… ¿Qué me ofrece usted?

—El mundo.

—Bueno, también eso me lo han ofrecido, la verdad.

—Pero sería un modo de hablar, de dar a entender lo… suntuoso de la oferta, no una realidad. Cuando yo digo que le ofrezco el mundo no es en sentido figurado, sino real y efectivo. Me refiero, claro está, al verdadero planeta Tierra, que pongo en sus manos.

—El mundo en mis manos —murmuró Brigitte.

—Así es. Y naturalmente, todo cuanto contiene el mundo. Este lugar sería… su retiro especial, donde aislarse de todo cuando le viniera de gusto. Algo así como un pequeño Paraíso particular en el que solamente existiríamos los dos, sin ninguna molestia o interferencia. Por lo demás, en efecto, pongo el mundo en sus manos.

—Es toda una tentación —sonrió levemente Brigitte.

—Déjese vencer por ella, y dentro de poco será la Reina de la Vida.

—¿Dentro de poco? ¿Qué quiere decir?

—Mis planes todavía tardarán un poco en realizarse.

—¿Qué planes?

—Prefiero mantenerlos en secreto.

—Ya. Me parece bien, pero en justa correspondencia deberá parecerle bien a usted que yo mantenga en secreto mi respuesta a su oferta de matrimonio.

—¿Eso significa que hay alguna posibilidad de que me rechace?

—Me parece que no —mintió con todo aplomo la espía—, puesto que cuando me han ofrecido poner el mundo a mis pies, en efecto, era una manera de hablar. En cambio, tú me ofreces ponerlo en mis manos, y además de verdad. Sin embargo, puesto que tú te permites tener secretos conmigo, yo también quiero tener un secreto contigo.

—En realidad —sonrió jubilosamente Masterson—, ya has contestado a mi pregunta, de modo que ya estamos prometidos. Te deseo toda la felicidad del mundo, futura señora Masterson.

Diciendo esto, Masterson sacó de un bolsillo interior un alargado estuche, que tendió a la periodista-espía, con gesto obsequioso y al mismo tiempo triunfal. Se comprendía fácilmente que el contenido del estuche era una joya, es decir, lo que menos podía interesar en este mundo a la señorita Montfort. Sin embargo, la hipocresía de la espía lució en todo su esplendor cuando, al abrir el estuche, lanzó un grito de gozo que envaneció y compensó al hombrecillo de los rubios bucles… El sol que llegaba desde todas partes hizo centellear las piedras preciosas, el oro y el platino, y Brigitte, con gesto y expresión emocionados, retiró del estuche la joya, y se la tendió a Masterson, que se apresuró a colocársela en la muñeca. Talmente parecía que la señorita Montfort estaba tan dominada por la emoción que ni siquiera podía articular palabra.

Pero finalmente, musitó:

—Gracias, cariño… Es la joya más hermosa que me han regalado jamás.

Se inclinó un poco para que Masterson pudiera alcanzar sus labios, que el hombrecillo besó con una pasión que casi lo echó todo a perder, pues Brigitte estuvo a punto de soltar la carcajada. Por fortuna, supo contenerse, y sonreír deliciosamente cuando él, tras terminar el beso, la tomó de un brazo y dijo:

—Vamos a la casa.

Se dirigieron hacia allá, cruzando la laguna por el romántico puentecillo. Al poco, los cuatro se detenían ante la puerta, pero, cuando Masterson la abrió, Brigitte comprendió que Undike y Mondale habían llegado al final de su recorrido. Y en efecto, tras ella entró Masterson, que cerró la puerta dejando en el exterior a los dos bellísimos guardaespaldas.

—No es muy grande —dijo—, pero estoy seguro de que te

gustará, tanto en su confort como en su significado, es decir, como nuestra morada privadísima, a la que nadie tendrá nunca acceso, salvo nosotros.

Brigitte le sonrió de nuevo, y simuló tomarse interés en las explicaciones que él le fue dando durante el recorrido de la Mansión del Paraíso, nombre que inventó la propia Brigitte y que encantó a Masterson. Finalmente, terminaron el recorrido en el salón, donde Brigitte se dejó caer en un amplísimo sofá, y dijo:

—Es todo tan emocionante que ni siquiera tengo apetito para almorzar.

—Me parece maravilloso —dijo él, tomándole una mano—, porque así podremos dedicarnos ahora mismo a hacer el amor.

—Estoy segura —dijo ella dulcemente— de que sería una experiencia inolvidable. Pero, querido, ningún hombre se ha acostado conmigo a cambio de unos cuantos diamantes.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Masterson. Brigitte se quitó la pulsera, y se la devolvió.

—Toma —dijo, siempre en tono amable—. Yo regreso inmediatamente a Nueva York. Y cuando se te ocurra un modo menos humillante de acercarte a mí, llámame: es posible que olvide lo ocurrido hoy.

—Pero… no he pretendido nada de lo que dices —jadeó Masterson—… ¡No he pretendido ofenderte ni menospreciarte en ningún momento, de ninguna manera creas que he intentado comprarte con una baratija…! ¡Es que no sabía de qué otro modo expresarte cuánto te admiro y te amo desde que te vi la primera vez!

—Casi me siento inclinada a creerte —susurró Brigitte; se inclinó de nuevo para besar al pequeño hombre rubio en la boca—, pero hoy ya no podría… hacer las cosas como a los dos nos gustaría. Llámame cuando tu imaginación de enamorado te proporcione una idea mejor que la de regalarme joyas.

—Es decir, que quieres marcharte.

—Salvo que tú me lo impidas… contra mi voluntad, claro está.

Vernon Masterson titubeó, fijos sus claros ojos en los azules de Brigitte Montfort, que expresaban decepción y humillación, es decir, lo que pretendía la magistral espía, que podía perfectamente haber sido una magnífica actriz de teatro.

—Está bien —murmuró Masterson por fin—… Tenemos por delante un futuro demasiado esplendoroso y maravilloso como para estropearlo ahora por culpa de un estúpido fallo por mi parte, Lo siento de veras. Pero por favor, dime una cosa: ¿te habrías quedado si no te hubiera regalado la pulsera?

—Sí.

Masterson se mordió los labios y bajó la cabeza. Luego, musitó:

—Te acompañaré a Nueva York. Y espero que…

—Si no te importa, preferiría hacer sola el viaje de regreso. ¿Puedes prestarme un coche?

—Desde luego. Lo siento… Brigitte, lo siento de verás.

—No te preocupes demasiado: como tú bien dices, tenemos por delante un largo futuro esplendoroso.

Apenas cinco minutos más tarde, la señorita Montfort se sentaba al volante de un Chrysler propiedad de Vernon Masterson, del cual se despidió por última vez con un cariñoso gesto con la mano. De pie entre Undike y Mondale, diminuto e insólito, Vernon Masterson correspondió al saludo, y la vio partir. Por el espejo retrovisor Brigitte veía entre divertida e intrigada a los tres hombres. Cuando dejó de verlos y accedió a la carretera general fuera de los límites territoriales de la NEWE, se miró a sí misma en el retrovisor, y movió la cabeza. Sí, realmente, era muy hermosa, pero se preguntó si un hombre de la abundante y sobre todo retorcida inteligencia de Vernon Masterson podía sentir por ella sentimientos tan absolutamente románticos. No era fácilmente creíble en un sujeto que podía tener el mundo en sus manos.

Sobre todo, después del sueño de la agente celestial Baby.

Apenas llevaba veinte minutos de camino de regreso a Nueva York cuando la espía, convencida de que nadie la seguía desde la NEWE, detuvo el coche en una pequeña explanada junto a la carretera, agarró su bolso, se apeó, y fue a sentarse sobre una piedra a la sombra de unos pinos. Del bolso sacó el paquete de cigarrillos especial, tiró de uno de ellos, y dijo:

—¿Quién me está llamando?

Se oyó una juvenil exclamación de alegría, y enseguida la voz de un hombre:

—¿Puede identificarse, por favor? Yo soy Simón. ¿Y usted?

—Soy Baby. ¿Me está llamando a mí, Simón?

—Se nos informó desde la Central que hace días lleva usted siempre la radio encima, con la onda del Sector Nueva York, así que, efectivamente, la estamos llamando hace rato varios Simones.

—Sí, sí, ya oí las primeras señales de llamada hace casi una hora, pero no podía contestar entonces. ¿Qué ocurre?

—Nuestro jefe del Grupo de Acción ha destacado a varios de nosotros para que la localicemos y le digamos que tiene para usted un informe que desea comunicarle urgentemente. Puede optar por reunirse con él en la Central o citarlo donde a usted le convenga. Él está esperando.

—Dígale a nuestro jefe que le espero en un parador de carretera llamado The Wolf. Está cerca de la pequeña localidad llamada Washington-Oville, en la carretera 208, paralela a la nacional 87. Le convido a hamburguesas: en ese parador las hacen absolutamente deliciosas.

—Caramba… ¡Espero que me elija a mí para acompañarle a The Wolf!

* * *

Casi hora y media más tarde, *Mr*. Cavanagh aparecía en el pequeño, acogedor y simpático comedor de The Wolf. Con él entró un hombre atlético, de unos treinta años, que fue a sentarse en la barra, tras dirigir una sonriente mirada a Brigitte Montfort, que se hallaba sentada a una mesa hojeando unas revistas. Afuera, al volante del coche en el cual había llegado, había otro hombre, mirando hacia el pequeño parador como escondido entre pinabetes de oscuro verdor.

Brigitte se puso en pie para recibir a Cavanagh, besándolo en ambas mejillas. Acto seguido, dijo:

—Lo de las hamburguesas es verdad: el otro día estuve aquí con Frankie.

—Es un sitio agradable —asintió Cavanagh—. Y huele bien. Pero soy partidario de encargarlas y comerlas por el camino. Tengo la certeza de que querrá usted partir inmediatamente hacia Singapur.

—Singapur —entornó los párpados Brigitte, con gesto nostálgico —… Hace una eternidad que no estoy en Singapur. ¿Qué ocurre allí?

Cavanagh sacó de un bolsillo interior un pequeño sobre, del que Brigitte se hizo cargo enseguida.

Sacó las fotografías que contenía, y que correspondían a un hombre llamado Delmer Baxter, un sujeto de unos cuarenta años, de rostro ancho y sólido y expresión poco amistosa, aunque notablemente inteligente. Todas las fotografías correspondían al mismo hombre, y en una de ellas, además de su nombre, constaba su dirección y la anotación de que trabajaba para la empresa NEWE desde hacía más de tres años.

La espía asintió, miró al propietario del parador, que había acudido para anotar el pedido, y encargó una docena de hamburguesas y vino para llevarse. El hombre se retiró a preparar el pedido. Brigitte volvió a mirar a Cavanagh.

—Deduzco que el señor Delmer Baxter está en Singapur, claro. ¿A qué se dedica en tan exótico lugar?

—Al parecer, a nada bueno, porque ha sido asesinado. O tal vez él sí se dedicaba a algo bueno, y son sus asesinos los malos.

—Todo podría ser —murmuró Brigitte—. ¿Cómo nos hemos enterado del asunto?

—Bueno, yo insisto en que cuando usted se interesa por una cosa lo sensato es seguir esa pista o ese asunto, así que tenía dadas mis órdenes en todo el mundo: cualquier persona o actividad relacionada con la NEWE debía estar sometida a especialísimo control. Delmer Baxter era uno de los más altos ejecutivos de la NEWE, de modo que nuestros muchachos de Singapur le dedicaron su atención cuando apareció allá. Hace unas tres horas lo asesinaron. Debían de ser aproximadamente las doce de la noche allá, en Singapur.

—Es decir, que mientras yo estaba visitando Planetum a ese hombre lo han asesinado en el otro extremo del planeta… Desde luego, Masterson no lo sabía aún, pero sin duda se habrá ya enterado, en cuanto ha dejado de dedicarse a mí… Mientras nos comemos las hamburguesas en el coche le explicaré mi… aventura de esta mañana, pero ahora dígame: ¿tenemos alguna idea o alguna pista sobre el asesinato de Baxter?

—Sabemos quiénes lo han asesinado.

—Ah. Espléndido. ¿Quiénes?

—Dos chinos. Uno de ellos, al parecer, se llama Ah Kai, y por el

momento no sabemos nada de él, salvo que es un residente en Singapur, una persona aparentemente normal y corriente. El otro chino es un antiguo conocido nuestro que opera hace tiempo en el sudeste asiático: se llama Wong Fa, y es agente del Lien Lo Pou.

—Zambomba —dijo graciosamente Brigitte—… ¡Nada menos que en esto interviene el servicio de espionaje chino! ¿Por qué han matado a Baxter?

—Ni idea. Pero estamos adquiriendo para usted un pasaje en avión Nueva York-San Francisco. Cuando llegue allá, le tendrán preparado y organizado todo el resto del viaje hasta Singapur.

—De acuerdo —Brigitte señaló hacia el exterior—… He llegado hasta aquí en un Chrysler que me ha prestado Vernon Masterson. Sería conveniente que alguno de los muchachos lo dejase en el estacionamiento del Crystal Building, como si yo hubiera llegado a casa normalmente. Mientras tanto, nosotros iremos directamente al aeropuerto, por si hubiera alguna complicación de esas absurdas… Llamaré a Peggy para que me lleve allá un equipaje adecuado al viaje.

—De acuerdo.

—Ese Wong Fa, ¿tiene alguna… especialidad profesional?

—Es un magnífico contraespía.

—¿Contraespía? —Alzó las cejas Brigitte—. ¿Debemos suponer, entonces, que Delmer Baxter estaba… espiando o tratando de espiar algo relacionado con China?

—Cualquier cosa que se haya averiguado se la dirán a usted cuando llegue a Singapur.

Capítulo V

Eran las cinco y media de la tarde, hora local, cuando la señorita Montfort llegó al Changi International Airport, donde, por supuesto, la CIA había organizado su recepción y demás acciones que requerían las circunstancias, las cuales, como muy pronto sabría la espía americana, no eran en absoluto tranquilizadoras.

Sin problema alguno para la entrada en el pequeño y flamante país, la señorita Montfort fue abordada en la llegada de vuelos internacionales por un hombre de raza china que hablaba impecablemente el inglés y que, a todos los efectos, era (o parecía) un delegado de hotel de lujo a la caza de clientes de alto nivel, entre los que, indudablemente, había que clasificar a la bellísima señorita de los ojos color cielo.

—Usted posiblemente jamás me daría el nombre de Simón —le dijo el chino—, así que digamos que me envía alguien a quien usted sí llamaría Simón. Si le parece bien, puede llamarme Chang.

—Me parece perfecto —sonrió Brigitte—. Le aseguro que su verdadero nombre es una de las cosas que menos me interesan de este mundo, Chang… Por el bien de los dos, usted entiende.

—Por supuesto. Permítame que me haga cargo de su equipaje.

Quince minutos más tarde, la señorita Montfort viajaba en un venerable Chevrolet en dirección a Singapore City por la East Coast Parkway. Pero no por mucho rato, pues apenas dejadas atrás las instalaciones y terreno del Tanah Merah Golf Club, Chang sacó el coche de la autopista, y lo detuvo junto a una camioneta Mercedes de gran capacidad estacionada a menos de quince metros de la playa. El mar mostraba un tono agrisado cerca de la costa, pero adquiría un azul más y más intenso a medida que se miraba más lejos.

Las puertas de atrás de la camioneta se abrieron apenas unos centímetros, pero fue suficiente para que Chang hiciera un gesto de

aprobación y la señalara.

Brigitte se apeó, y se fue directa a la camioneta, cuyas puertas se abrieron justo al llegar ella a la parte de atrás. Un sujeto atlético, alto, rubio, con cara de mala uva, tendió la mano a Brigitte, ayudándola a subir. Otro sujeto la recibió con una sonrisa en su enjuto rostro pecoso, y un tercero, sentado ante un panel con instrumentos de radio y seguimientos por radar, le hizo un guiño que casi hizo reír a la espía internacional. El del rostro pecoso tomó a Brigitte de las manos, las besó, y la llevó hasta una butaquita, en la que le rogó con un gesto que se sentara. Chang llegó con el equipaje de Brigitte, le hizo a ésta un gesto de despedida, y regresó al Chevrolet. El hombre de la expresión de mala uva colocó bien el equipaje, cerró las puertas, y se acercó al fondo de la camioneta, donde dio unos golpecitos. La camioneta se puso en marcha.

—Zambomba —dijo Brigitte—, ¡esto sí que es toda una secuencia de espionaje importante!

—Lo es para los chinos —dijo el agente de cara de mala uva—… Yo soy Simón I, el otro es Simón II, el de la radio es Simón III, y al volante de la camioneta está Simón IV. Todos a su disposición. El resto de nuestros efectivos en la zona de Singapur están… en situación de reposo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que los hemos retirado de la circulación. Nosotros hemos quedado como retén para recibirla a usted, informarla del asunto, y esperar sus instrucciones. Pero sepa que los chinos están furiosos como avispas a las que incendian el avispero.

—Ya. ¿Y sabemos por qué están tan furiosos?

—Tenemos una idea bastante aproximada, gracias a uno de esos muchachos que se la juegan haciendo doble juego…

—No me gustan los agentes dobles —cortó secamente Brigitte.

—A mí tampoco. Pero existen, y a veces no hay más remedio que recurrir a ellos. Dejando aparte estas filosofías, lo cierto es que uno de esos agentes dobles que se vende a los dólares americanos nos ha dicho que el Lien Lo Pou está buscando a un sujeto muy importante que ha salido de China hace unos pocos días, y que ha venido a parar a Singapur…

—¿Cómo sabe el Lien Lo Pou que ese sujeto importante ha venido a parar a Singapur?

—Porque rastreando al chino importante y su vida pasada llegaron a saber que tenía muy buenas amistades aquí, especialmente en la persona de un comerciante llamado Chong Pei. De modo que el Lien Lo Pou desplazó importantes efectivos a Singapur y los puso a vigilar a ese Chong Pei, con la esperanza de que éste los condujera hasta el chino importante. El caso es que vigilando a Chong Pei, el Lien Lo Pou le vio entrar en contacto con un americano, y eso les cabreó muchísimo, de modo que decidieron pasar a la acción directa…

—¿El americano era Delmer Baxter, de la NEWE?

—Exacto. Pero los del Lien Lo Pou creyeron que Baxter era de la CIA, así que quisieron cazarlo junto con Chong Pei, y todo se complicó: Chong Pei, que conoce muy bien Singapur, naturalmente, logró escapar, pero los del Lien Lo Pou se cargaron a Delmer Baxter. Los del Lien Lo Pou siguen convencidos de que Baxter era de la CIA, y temiendo nuestra represalia han hecho venir más agentes para plantarnos cara, pues lo que está clarísimo es que ellos no piensan desalojar Singapur sin recuperar al chino importante y cazar a su amigo Chong Pei. Nosotros sabíamos desde un principio, naturalmente, que Baxter no era de los nuestros, sino de la NEWE, y como existía una orden respecto a vigilar a todos los empleados importantes de la NEWE, así como cualquier actividad de la NEWE, enviamos el informe urgentemente a la Central. Desde allá nos dijeron que la agente Baby iba a venir lo más pronto posible a Singapur, y que mientras tanto evitásemos cualquier conflicto mientras nos fuese humanamente posible. Y en ese estamos, muchos del grupo escondidos y unos pocos procurando no perder de vista el asunto y atendiéndola a usted. ¿Ha tenido bien viaje?

Brigitte Montfort soltó una carcajada.

—¡Zambomba, a eso le llamo yo eficacia profesional! —exclamó.

—Usted se lo merece todo.

—Oiga, ¿sabe que tiene usted cara de mal genio pero que, en cambio, resulta simpático?

Simón I soltó un gruñido, y los otros dos rieron. La camioneta seguía circulando lentamente.

—Seguramente, ahora que ha llegado usted lo resolveremos todo —dijo Simón II—. Pero es una situación bastante incómoda.

—Ya he pasado por situaciones como ésta otras veces. Lo

primero que tenemos que hacer es asegurarnos de que nuestros compañeros y colaboradores permanecen escondidos y a salvo a la espera de acontecimientos. Hablemos de ese chino importante: ¿no sabemos nada de él?

—Nada. Nosotros hemos decidido llamarlo Importante, para no hacernos líos en las conversaciones.

—Y ese otro chino, su amigo Chong Pei, el comerciante, ¿a qué se dedica realmente?

—Es comerciante y nada más. Nunca se ha metido en líos de ninguna clase. Simplemente, Importante y él deben de ser amigos desde hace mucho tiempo, y al escapar de China, Importante vino a verlo…, o quizás a pedirle ayuda y cobijo. La ayuda consistiría en que mientras Importante permanecía escondido Chong Pei se pusiera en contacto con Delmer Baxter. Al menos, eso creemos nosotros.

—Es decir, que la relación interesante sería entre Delmer Baxter e Importante, y Chong Pei sólo hacía de mediador. Posiblemente, cuando Pei se reunió con Baxter era para llevarlo a donde está escondido Importante. Entonces fue cuando intervinieron los del Lien Lo Pou y mataron a Baxter.

—Si hubieran tenido un poco más de paciencia habrían podido seguirlos a los dos hasta el escondrijo que Chong Pei ha facilitado a Importante.

—Y que naturalmente no es ni el domicilio privado ni el establecimiento comercial de Chong Pei.

—Naturalmente.

—De donde se desprende que en estos momentos, los del Lien Lo Pou no sólo están dispuestos a hacerse trizas con la CIA, sino que siguen buscando por toda Singapur a Chong Pei y a su amigo Importante, el fugado de China.

—Exacto.

Baby asintió, encendió un cigarrillo, y permaneció pensativa algunos segundos.

Terminó haciendo un gesto de contrariedad.

—Posiblemente, nos sería de gran utilidad, para resolver este embrollo, saber quién es y a qué se dedica el chino llamado Importante. ¿No tenemos ningún medio de acceder a esa información?

—Tenemos a nuestro amigo, el agente doble, trabajando en ello —dijo el de la radio—, y hemos convenido que cada hora en punto nos irá llamando para tenernos informados de los movimientos y decisiones del Lien Lo Pou.

—Es decir —Brigitte miró su reloj de pulsera— que dentro de ocho minutos tendremos una llamada del agente doble.

—Salvo imprevistos.

—Claro. ¿Con quién más estamos en contacto por la radio?

—Con los nuestros, naturalmente. Tienen instrucciones de no intervenir en nada y no dejarse ver, pero en lo posible mantenemos una vigilancia y un control en los puntos importantes, como el aeropuerto, la estación central del ferrocarril, la embajada de Estados Unidos, el depósito de cadáveres donde Delmer Baxter espera ser recogido para ser trasladado a Estados Unidos… Bueno, eso de que él «espera» es un modo de hablar: los muertos ya no pueden esperar nada.

—Eso nunca se sabe.

—¿Cómo que no? —Se pasmó Simón II.

—Quizás esperan volver a la vida.

—De manera que cree usted en la reencarnación…

—¿Qué otra cosa hay?

—No sé. Pero no me parece nada fácil tener otra vida después de ésta.

—Pues es muy fácil. Pero el tema es para momentos menos inquietantes… ¿Cómo es ese agente del Lien Lo Pou, el tal Wong Fa?

—Es joven, decidido y fuerte. Tiene que ser un primera serie, si lo enviaron detrás de Importante. Y no se anda con tonterías a la hora de disparar. Es un sujeto de cuidado…, de mucho cuidado. Se ha hecho cargo de la jefatura del Lien Lo Pou en Singapur, y la verdad es que nos está tocando las narices.

—¿Sabemos dónde encontrarlo?

—Claro. Nuestro agente doble nos informa de ello. Eso aparte, el tal Fa no es de los que andan escondiéndose como cucarachas. Incluso se diría que pretende provocarnos con su presencia.

—Claro. O sea, atraerles hacia él, para cazar a alguno de ustedes… Ni hablar de eso. Si fuese necesario relacionarse con el señor Fa yo me encargaría de ello… En fin, que no podemos hacer

nada hasta que aparezca el chino Importante o su amigo Chong Pei, el cual, se entiende, ha desaparecido, ya que no está en su establecimiento comercial.

—Así es. Y todos los malditos chinos del maldito Lien Lo Pou los están buscando por toda la maldita Singapur, dispuestos a todo.

Brigitte quedó de nuevo pensativa, fumando. Esta vez invirtió en sus reflexiones no menos de un minuto. Por fin, dijo:

—Vamos a concedernos a nosotros mismos veinticuatro horas de plazo para conseguir alguna información sobre las relaciones entre Delmer Baxter y el chino Importante. Si en ese tiempo no hemos conseguido algo que nos sirva, recurriré a mis propios medios.

—¿A qué se refiere?

—Tendré que regresar a Estados Unidos y conversar con el jefe de Baxter, el presidente y casi propietario de la NEWE.

—¡Excelente idea! ¿Conoce usted bien a ese tipo?

—Soy su prometida.

Los tres agentes de la CIA se quedaron mirándola con tal expresión de pasmo y decepción que la espía no pudo contener otra encantadora carcajada. Simón I soltó un gruñido. Los otros dos sonrieron. La radio emitió un zumbido de llamada.

—Sí, ¿qué hay? —La atendió en el acto Simón III.

—Van a llevarse el cadáver de Baxter a Estados Unidos. Han llegado dos sujetos que están cumpliendo las formalidades en el depósito de cadáveres. Al parecer, disponen de un *jet* privado.

—Espera un momento. Ya tenemos aquí a Baby, y seguramente ella tiene algo que decir al respecto —Simón III se quedó mirando interrogante a Brigitte—… ¿Qué le parece esto?

—Normal. No me sorprende nada que Vernon Masterson, el presidente de la NEWE, haya enviado su *jet* privado a recoger a Delmer Baxter…, sobre todo cuando el *jet* puede ser un medio magnífico de sacar de Asia al chino Importante.

Los tres Simones se quedaron mirándola como fascinados. O más bien como alucinados. Por fin, Simón I exclamó:

—¡Eso no les va a ser nada fácil, teniendo al Lien Lo Pou en todas partes!

—El único que podría estar en todas partes es Dios, Simón. Yo sé íntimamente que Vernon Masterson está tramando algo, y sé que no es tonto ni nada que se le parezca: si él ha enviado su *jet* a Singapur

tenga por cierto que no es sólo para cargar el cadáver de Baxter.

—O sea, que están planeando llevarse en ese *jet* al chino Importante.

—Lo contrario sería decepcionante y aburridísimo. A menos…

No dijo más. El suspense quedó flotando como algo tangible en el interior de la camioneta. Y el silencio se prolongó tanto que el comunicante de Simón III se inquietó, y todos oyeron su voz:

—Hey, Larry… ¿Qué ocurre?

—Cierra la boca —masculló Simón III—. Y no me llamo Larry: soy Simón III.

—Pero… ¿qué ocurre?

—Maldita sea, ¡espérate ahí callado!

Brigitte terminó entonces de concretar sus pensamientos, y terminó también su frase:

—… A menos que estén utilizando el *jet* como señuelo para bobos.

—Aclare eso, ¿quiere? —pidió Simón II.

—La NEWE envía un *jet* privado, personal de éste va al depósito de cadáveres abiertamente, y atiende las formalidades legales que les permitirán llevarse el cadáver a Estados Unidos. Todo normal. Pero es lógico que cualquier persona que haya tenido algo que ver con este asunto vigile la situación, y se entere de que el cadáver de Baxter va a ser recogido. También se enterará de que se está utilizando un *jet* privado. Así pues… ¿qué pensará?

—Que aprovecharán el *jet* para llevarse al chino Importante y posiblemente a su amigo Chong Pei, que se halla muy comprometido y en peligro. Por lo tanto, los del Lien Lo Pou vigilarán ese *jet* con mil ojos, o dicho de otro modo, con todos sus efectivos…

—… Y mientras tanto, es muy posible que alguien más listo que los del Lien La Pou saque de Singapur al chino Importante y a su amigo Chong Pei utilizando otro medio de transporte y otra ruta. ¿Les parece descabellado?

—¡Claro que no!

—Volvamos al aeropuerto —suspiró Baby—. Tengo la impresión de que allí se van a concentrar más agentes del Lien Lo Pou que en Pekin… Y tal vez sería el momento de hacer un contacto con Wong Fa.

—¡Claro que no! —Exclamó de nuevo Simón I—. ¡Ni hablar de eso!

—¿Por qué no?

—Si todo está lleno de agentes del Lien Lo Pou sería una locura que Baby se diera a conocer. ¡Sobre todo en estos momentos en que el Lien Lo Pou cree que la CIA es quien les ha escamoteado al chino Importante!

—Quizá tenga razón —admitió Brigitte—. Pero volvamos al aeropuerto, porque quiero ver qué ocurre allí, aunque sea manteniéndome a salvo. Y quizá no sea necesario hacer contacto con Wong Fa, quizá nuestro doble agente nos diga dentro de dos minutos lo que queremos saber sobre el chino Importante. Despídase de nuestro compañero y mantenga la radio libre, Simón.

—Al momento.

Simón III pasó instrucciones a su comunicante, y quedó a la espera de la llamada del agente doble, que hasta entonces se había producido cada hora en punto. Mientras tanto, Simón I dio unos golpecitos en la cabina de la camioneta, y cuando ésta se detuvo abrió la diminuta ventanilla de comunicación y pasó la orden de emprender el regreso al aeropuerto.

Cuando llegaron a éste eran las dieciocho horas y veinticinco minutos…, y el agente doble no había hecho su tan esperada llamada.

* * *

Cerca de las siete de la tarde, se recibió otra llamada de los agentes que vigilaban el depósito de cadáveres de Singapur: los dos hombres que habían estado tramitando el traslado del cadáver de Delmer Baxter a Estados Unidos habían emprendido el regreso al aeropuerto en un taxi.

—¿Cómo son esos hombres? —Se acercó Brigitte a la radio para hacer la pregunta.

—¿Quiere decir físicamente? —inquirió a su vez el Simón comunicante.

—Sí.

—Bueno, uno de ellos es muy corriente, de estatura mediana, ojos oscuros… El otro es más alto, pelirrojo, y lleva el cabello

bastante corto. Los dos llevan trajes corrientes. El de los ojos oscuros lleva el cabello más largo…

—Suficiente —cortó Baby—. Sigan en su puesto.

Volvió a sentarse en la butaquita, se colocó sobre las rodillas el maletín rojo con florecillas azules estampadas, y lo abrió. Del doble fondo sacó la peluca rubia, que se colocó expertamente, bajo la atenta mirada de los Simones. Alrededor de la camioneta se oía rumor de automóviles, y, con frecuencia, el bramido de un avión despegando… La señorita Montfort se puso lentillas de contacto de tono oscuro, y alteró la forma de su nariz introduciendo en las fosas nasales los pequeños aros especiales de plástico que las dilataron levemente. Cambió su elegante vestido por un atuendo mucho más vulgar, consistente en un jersey y unos viejos tejanos, y se colocó la pequeña pistola de cachas de madreperla en la cintura, ocultándola con el holgado jersey…

—¿Puedo hacer un comentario? —deslizó Simón I, como de mal talante.

—Por supuesto.

—Sigue estando usted guapísima, y por mucho que se esfuerce se ve que tiene clase. ¿Comprende?

—Comprendo —sonrió Brigitte—. Pero ya no parezco quien soy, ¿verdad?

—Verdad. Eso sí. ¿Podamos saber qué está tramando?

—Voy a echar un vistazo por ahí fuera —movió la cabeza la espía más peligrosa del mundo—. Quiero ver cómo está la situación en el aeropuerto, situar el *jet* de la NEWE, y conocer a Wong Fa, que sin duda ha sido avisado y ya debe de estar en el aeropuerto, o quizá venga siguiendo a los dos empleados de la NEWE que vienen en taxi hacia aquí.

—¿Cómo va a conocer a Fa?

—Lo distinguiré, no se preocupen. Son muchos años de conocer chinos —miró su reloj de pulsera—… Voy a esperar estos pocos minutos que faltan por si nuestro agente doble llamase a las siete. A veces no puedes hacer lo que quieres, y has de esperar otra ocasión.

—Cierto.

A las siete y cinco, el agente doble no había llamado, así que Baby se dispuso a abandonar la camioneta.

—Quizá Tsing Ho llame un poco más tarde. O a las ocho —dijo

Simón I.

Brigitte lo miró fijamente, y murmuró:

—Usted sabe que nuestro agente doble Tsing Ho ya no podrá volver a llamar jamás, Simón.

Ninguno de los agentes de la CIA dijo nada. Brigitte abrió una de las puertas de atrás, y saltó ágilmente de la camioneta, llevando en su mano izquierda el maletín rojo con florecillas azules. Se desplazó por entre los automóviles estacionados en el *parking*, el cual dejó pronto atrás. La idea de localizar el *jet* de la NEWE era buena y lógica, pero entrañaba el riesgo de perder demasiado tiempo y, sobre todo, de entretenerse, de modo que optó por esperar a los dos hombres que estaban de regreso al aeropuerto, decidiendo que sería fácil localizar el *jet* de la NEWE por el procedimiento de seguirlos a ellos.

Aunque esto también habría de resultar comprometido, pues en menos de diez minutos de discreto paseo por las instalaciones del interior del aeropuerto distinguió tres agentes del Lien Lo Pou. Es decir, ella estaba segura de que eran agentes del Lien Lo Pou, pero no había nada especial en estos hombres de raza china. Todo era olfato profesional y mucha veteranía. Y sin duda debía de haber muchos más, pero nadie puede saberlo todo, ni olerlo todo… Ni siquiera Baby.

Finalmente, la rubia ataviada con tejanos y jersey se apostó en una parte del vestíbulo del aeropuerto desde donde, a través de los cristales, podía ver los automóviles y taxis que continuamente llegaban al gran edificio Changi International Airport.

Y ni siquiera hacía cinco minutos que esperaba cuando llegaron los dos sujetos en cuestión. Los identificó apenas se apearon del taxi, sin la menor duda de que eran ellos, pues habría sido demasiada casualidad que justo a la hora aproximada en que se suponía debían llegar un pelirrojo de cabellos cortos y un sujeto de mediana estatura, cabellos oscuros y más largos, llegaran otros dos sujetos iguales y además juntos. Eran ellos, y asunto terminado.

El pelirrojo pagó el servicio del taxi. Luego, ambos entraron en el edificio, donde se oían continuamente avisos en inglés y chino. El del cabello más largo señaló hacia uno de los bares del enorme vestíbulo, y los dos hombres se dirigieron hacia allá. No parecían temer nada, ni tener problema alguno… La rubia miró de nuevo

hacia el exterior. Llegó un automóvil particular, con matrícula de Singapur. De él se apearon dos hombres chinos, y el automóvil se alejó inmediatamente. Uno de estos chinos era de estatura mediana y rostro hermético. El otro era más joven, atlético, vestía muy bien, y resultaba atractivo, pese a su gesto duro y su mirada impávida…

—«Ése es Wong Fa», pensó Baby.

Acto seguido pensó que podía equivocarse. Pero no, no se había equivocado: un chino de aspecto vulgar se acercó a los dos recién llegados, y les habló, mirando con insólito respeto al joven atlético, cuya mirada fue hacia el vestíbulo, en pos de los dos hombres de la NEWE. Volvió a mirar a su informante, dijo algo, y se dirigió, ahora solo, hacia el vestíbulo. Baby divisó a los hombres de la NEWE caminando, ya muy cerca del bar. Cuando miró al chino atlético de mirada impávida, éste caminaba también hacia el bar. La vigilancia era total, férrea.

Por simple hábito, la espía internacional dejó de mirar a sus personajes centrales y paseó velozmente la mirada por el vestíbulo, siempre con aquella precaución de adquirir la mayor información posible del entorno.

Entonces, lo vio.

Su mirada captó la imagen, fue talmente como si la fotografiara, y continuó desplazándose…, pero regresó velozmente hacia al personaje inesperado que formaba parte del entorno. Él estaba sentado en una zona de espera, y tenía sobre los muslos un portafolios. Miraba hacia el bar. Pero de repente se puso en pie, y se dirigió hacia la salida. Era inconfundible: Michael Washburn, el técnico de la NEWE con aspecto de poeta que días atrás había conocido, en la inauguración de Planetum.

Nunca se sabe suficiente de nada, pero menos todavía, de espionaje. Porque si alguna persona del mundo no había esperado Baby encontrar allí era el frágil, delicado, poético personaje colaborador de Vernon Masterson.

Capítulo VI

—Pare, por favor. Ahora.

El taxista chino obedeció prestamente, y se volvió a mirar a su rubia pasajera, que no se complicó la vida indagando sobra el importe del trayecto desde el aeropuerto: tres billetes de veinte dólares dejaron al taxista convencido de que todavía quedaban personas generosas en el mundo.

Baby se apeó. No tenía ni idea de dónde se hallaba, salvo que, con toda seguridad, se trataba del mismísimo centro de Singapur. Y así era: había llegado allí, al distrito City Centre, por South Bridge Road, tras recorrer buena parte de la ciudad, a la que habían entrado siguiendo East Coast Parkway. El bullicio era agradable, y por todas partas se veían anuncios luminosos. Impresionante el edificio de la Raffles City, cerca del cual habían pasado, perfectamente iluminado. En todas partes había pequeñas zonas ajardinadas. Habían pasado por encima del Singapur River casi en su desembocadura en la laguna, en cuyas aguas se divisaban luces de diversas embarcaciones…

Por delante de Baby, a unos veinticinco metros, caminaba Michael Washburn, insignificante personaje que se confundía en la marea humana…, salvo para los atentos ojos de la espía, que decidió acortar un poco la distancia, a fin de evitar en lo posible el riesgo de perderlo. A fin de cuentas, si bien Washburn conocía a Brigitte Montfort no conocía ni podía identificar a la rubia que caminaba tras él…, pero como si él no existiese.

—«¿Qué debe de llevar en ese portafolios?», se preguntó Baby.

Washburn caminaba sin prisas, pero decididamente. Al parecer, sabía muy bien adonde tenía que ir, y no cabía duda de que conocía bien la ciudad, o que, al menos, se había estudiado muy bien cualquier plano de la misma.

Llegaron al final de South Bridge Road, donde ésta se abre en

tres avenidas: Maxwell Road, Tanjong Pagar Road y Neil Road. El poético Washburn enfiló Neil Road, que siguió hasta Kreta Ayer Road, por la cual continuó, siempre con su rítmico paso sin prisas pero sin pausas.

De repente, Washburn giró a la izquierda, desapareciendo por una calle lateral, y Baby casi corrió hasta llegar a esa esquina, por la cual se asomó cautelosamente. Justo a tiempo: en ese instante, Michael Washburn desaparecía en un portal.

Baby esperó ocho o diez segundos, y caminó por aquella acera más bien estrecha. Todavía no sabía que se hallaba prácticamente en el centro de Chinatown; un barrio chino que, ciertamente, no tenía nada de sórdido ni amedrentador, sino más bien todo lo contrario. En pleno Chinatown de Singapur, por ejemplo, está el bello Parque de las Perlas, y junto a él, Outram Park, con su fabuloso *Shopping Centre*…

La espía americana pasó ante la puerta de la casa en la que había entrado Washburn. Era una casa pintada de rosa pálido, elegante y discreta, de dos pisos nada más. Había ventanas en la planta baja, y balcones en el piso de arriba, protegidos por toldos de colores listados. Imposible ver nada del interior de la casa, pues las ventanas de la planta baja quedaban adornadas y como tapiadas por los cortinajes.

Brigitte pasó a la acera de enfrente, para observar la casa con más perspectiva y al mismo tiempo pensar qué podía o convenía hacer en aquella situación. Las actividades de Washburn, ciertamente, tenían que estar relacionadas con la NEWE, es decir, en definitiva con todo lo que estaba ocurriendo, y que se había iniciado con la muerte de Delmer Baxter…

La sorpresa casi la hizo delatarse, pues a duras penas pudo contener un grito de asombro al ver salir de la casa a Michael Washburn. No hacía ni dos minutos que había entrado y ya salía. Esto podía significar que la conversación con la persona visitada había sido brevísima, ciertamente, pero también que no se había tratado de ninguna conversación, sino de que Washburn entregase o recogiese algo en aquella casa.

La mirada de la espía se clavó en el portafolios del técnico de la NEWE. Parecía que nada había cambiado, que su peso y forma eran los mismos.

Pero unos documentos, a fin de cuentes, ocupan bien poco espacio y pesan bien poco. ¿Había recogido Washburn unos documentos… que había sacado de China el chino Importante? ¿O era Washburn quien había llevado algo que había entregado al chino Importante…? ¿O quizás a otra persona…?

Como fuese, una cosa resultaba cierta: ella podía encontrar a Washburn fácilmente, por el simple procedimiento de regresar a Estados Unidos y trasladarse a la NEWE. En cambio, si dejaba marchar a la persona o personas que habían tenido le entrevista con Washburn en aquella casa, quizá jamás pudiera conocerlas y, mucho menos, atraparlas.

Terminadas sus reflexiones, la espía cruzó la calle, cuya iluminación era simplemente correcta, y pulsó el llamador de la puerta. Quince segundos más tarde, volvió a hacerlo, sin obtener respuesta tampoco esta vez.

¿Era una casa vacía? ¿Había ido Washburn a dejar o recoger algo en una casa vacía? No, porque alguien le había abierto la puerta. ¿Alguien que ahora no tenía la menor intención de abrir…, alguien que quizá se estaba apresurando a escapar por alguna puerta o patio trasero?

Baby sacó del maletín su juego de ganzúas, eligió una tras examinar con ojo crítico la cerradura de la puerta, y en menos de diez segundos tenía la puerta abierta. Entró, cerró tras ella, y quedó a oscuras, pues en efecto, ninguna luz del exterior se filtraba al interior de la casa, ni podía salir de ésta al exterior.

Es decir, que la persona que había recibido poco antes a Washburn se había escapado.

Tanteando, Baby encontró el interruptor de la luz, que encendió. El vestíbulo era amplio, adornado con bellos cuadros y plantas. La escalinata que conducía al piso superior era blanca, levemente curvada. Había una puerta a la derecha del vestíbulo y otra a la izquierda. Un pasillo iba hacia el fondo de la casa, por la parte izquierda de la escalinata y pasando por debajo de ésta. Brigitte abrió la puerta de la derecha, y encendió la luz. Era un despacho de amplias dimensiones, muy elegante y confortable. No había nadie allí, y Baby se preparó para registrarlo a fondo después de mirar en otros sitios de la casa.

El siguiente sitio en el que miró fue la pieza que había delante

del despacho, es decir, la puerta del lado izquierdo del vestíbulo.

Allí sí había alguien. Había dos chinos.

Los vio en cuanto encendió la luz.

Uno estaba tendido en el suelo, de bruces sobre una alfombra indudablemente de seda, una pequeña obra de arte. El otro estaba sentado en un sillón, como si la vida fuese toda ella un amable descanso. En realidad, los dos estaban ya descansando de las fatigas de la vida, se hallaban en esa situación de… espera, a ver qué ocurre después de la muerte.

El que estaba sentado en el sillón había tenido hasta hacía poco unos cincuenta años. Ahora tenía toda la Eternidad. Una bala le había penetrado en el cráneo por entre las cejas, dejando aquí como un pequeño botoncito rojo del que brotaba un delgado hilo de sangre roja oscura. Había sido más bien obeso, y bastaba ver sus manos cuidadas para comprender que su posición no había sido precisamente deleznable. Tenía los ojos abiertos, expresando un sobresalto tremendo. Lógico.

El que yacía de bruces era más delgado y menudo, y cuando Brigitte le dio la vuelta y vio su rostro supo enseguida que había muerto a más avanzada edad, pues no podía tener menos de sesenta años. Vestía bien, sus manos también eran finas y delgadas, y sus blancos cabellos estaban aceptablemente bien recortados, pero no al estilo de Singapur, más occidentalizado, sino a estilo chino continental, un poco excesivamente cortos en la parte de la nuca.

Elemental: el chino gordo del sillón era Chong Pei, y el chino delgado caído de bruces y con un balazo en la nuca era el chino Importante, llegado de China hacía pocos días.

¿O no?

Vaya que sí.

La agente Baby encontró la documentación del gordo Chong Pei en un bolsillo interior de la chaqueta de éste, y el pasaporte del chino Importante dentro de la caja fuerte del despacho, cuando, poco después, la encontró camuflada tras unos libros y, sin demasiados problemas, la abrió. El chino Importante se había llamado Wu Sing. Lo decía bien claro en su pasaporte, en el que, por supuesto, estaba su fotografía.

O sea, que Michael Washburn había ido a aquella casa a matar a los dos chinos. Llega, llama, el gordo le abre, van los dos a la sala, y

allí, sin más complicaciones, preámbulos ni esperas, Washburn saca del portafolios la pistola provista de silenciador, mata a Wu Sing de un disparo en la nuca, y, antes de que Chong Pei pueda tener más reacción que la de sobresaltarse, le mete una bala entre ceja y ceja desde menos de un metro de distancia. ¿Conclusión? Sencilla: aun admitiendo que el menudo, melenudo y poético Michael Washburn, fuese, en efecto, un técnico en creaciones de comunicación, lo seguro segurísimo era que se trataba de un asesino experto y demostradamente eficaz.

Muy bien.

La espía internacional recurrió a su pequeña radio de bolsillo, por medio de la cual efectuó una llamada que mereció inmediata respuesta.

—¿Sí?

—Simón, soy yo. ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Nada nuevo. Salvo problemas de última hora, que no parecen existir, nuestro compañero Simón II está vigilando a Wong Fa, el cual a su vez está vigilando un *jet* de matrícula norteamericana. Hay una tranquilidad tensa. Aparentemente, todos estamos esperando que el cadáver de Delmer Baxter sea trasladado al aeropuerto…, y que, antes o después, recurriendo a cualquier truco, los de la NEWE traten de subir a bordo al chino Importante…

—Se llamaba Wu Sing.

—¿Quién?

—El chino Importante.

Hubo un par de segundos de silencio antes de que Simón I susurrase:

—¿Lo ha encontrado? ¿Está muerto?

—Lo he encontrado y está muerto.

—¡Ese maldito Lien Lo Pou…!

—No ha sido el Lien Lo Pou quien se ha cargado a Wu Sing, como usted diría. Ha sido la NEWE por mano de uno de sus… empleados más relevantes: el técnico Michael Washburn, un hombrecillo con aspecto de poeta romántico, que dudo mucho aparezca de nuevo por el aeropuerto. Quiero decir que todos los que están ahí esperando acontecimientos importantes, pierden el tiempo: simplemente, llegará el cadáver de Baxter, será cargado, y el *jet* despegará, rumbo a Estados Unidos.

—Sí, ya comprendo… ¡Maldita sea, no entiendo nada!
—Ya se lo explicaré. Ahora escuche atentamente…

* * *

—¿Wong Fa?
El chino joven y atlético de mirada impávida miró fríamente al hombre que se había dirigido a él. Ya se sabe que las apariencias engañan, pero aquel hombre, de raza china como él mismo, parecía y debía de ser uno de los mozos del aeropuerto. Habría sido una tontería por parte de Wong Fa negar su personalidad, dadas las circunstancias, de modo que asintió con un gesto. El otro le tendió un pequeño paquete.
—Un americano me ha dado esto para usted —explicó—, y me ha dicho que le diga que por favor no me haga preguntas, que simplemente acepte el paquete y utilice su contenido. ¿Puedo marcharme?
—No —dijo Fa—. Quédate aquí hasta que yo abra el paquete.
Le miraba fijamente a los ojos, quizás esperando el gesto de miedo del mensajero, pero éste no se alteró. Es decir, que el paquete no contenía ninguna bomba, y si la contenía el mozo del aeropuerto no lo sabía… Un americano. De la CIA, naturalmente. Le pareció estúpido que un agente de la CIA le enviase una bomba en lugar de acribillarlo a balazos con un rifle desde lugar seguro, cosa que la CIA podía haber hecho desde hacía ya horas y horas.
Abrió el paquete, cuyo contenido identificó en el acto: una radio. Miró al mozo del aeropuerto, y asintió. El hombre dio la vuelta y se alejó. Wong Fa pulsó el botón que accionaba el pequeño aparato, y dijo:
—He recibido su recado. Soy Wong Fa.
—Yo soy Baby —dijo la voz femenina—. Tengo a Wu Sing.

* * *

Wong Fa entró en el bar ubicado en la sorprendente Eu Togg Sen Street, y sin complicarse la vida fue a sentarse a la barra. Pidió café. No parecía que nadie le prestase atención especial, pero él sabía que

no era así. No era ningún estúpido: si Baby le había citado allí era porque en aquel lugar ella se sentía segura y bien protegida por sus compañeros de la CIA. Lo que significaba que si él movía sólo un dedo contra la espía americana lo iban a hacer trizas en un segundo. Es decir, que no tenía la menor intención de jugar sucio, porque quería seguir viviendo.

Vio acercarse a la rubia vestida con jersey y tejanos, y frunció el ceño. Claro que no. Aquella mujer hermosa, pero vulgar, no podía ser la agente Baby… Pero ella se sentó en un taburete junto al suyo, le sonrió irónicamente, y dijo:

—Siento decepcionarle, pero sí, soy yo.

Wong Fa asintió. Había reconocido en el acto la voz de ella.

—¿Lee usted el pensamiento? —inquirió.

—Sí.

Wong Fa sonrió de pronto.

Era joven, pero veterano. Baby comprendió que el chino estaba haciendo trizas su disfraz, que por otro lado no presentaba grandes complicaciones ni pretensiones. Se trataba solamente de ocultar su verdadero rostro, y eso sí lo conseguía.

—Si me hubiera dicho que esto era una fiesta de disfraces yo también me habría procurado uno —dijo Fa.

—El hombre que usted mató no era de la CIA, ya se lo he dicho antes, de modo que podemos tener la fiesta en paz —replicó Brigitte —. Puedo asegurarle, además, que están perdiendo el tiempo en el aeropuerto: ni Chong Pei ni Wu Sing van a intentar salir de Singapur en avión.

—Si usted lo dice…

—Tengo mis buenas razones para saberlo seguro.

—Usted siempre es la mejor, ¿no es así?

—Sí, así es —sonrió Baby—. El Cielo reparte sus dones incluso entre las mujeres, colega. Mi don es ser inteligente y saber usar la inteligencia. Y no me diga que todos saben usar la inteligencia, porque no es así.

—Yo sí sé.

—Vamos a comprobar eso: yo le entrego a Wu Sing si usted me dice quién es él, a qué se dedica en China.

—Si usted ya ha identificado a ese traidor no necesita mis informes para saber a qué atenerse con respecto a él: estoy seguro

de que en la CIA saben casi todo cuanto se puede saber sobre Wu Sing.

—Quiero que me lo diga usted porque me interesa saberlo aquí y ahora.

—De acuerdo. Wu Sing es uno de los más importantes supervisores de las instalaciones de energía nuclear en China.

—¿De energía nuclear? ¿Quiere decir de fabricación de armas nucleares?

—Nada de eso —rechazó hoscamente Wong Fa—. He dicho instalaciones de energía nuclear, ¿no es así?

—O sea, centrales nucleares para la producción de energía.

—Sí.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso.

La rubia encendió un cigarrillo; y quedó absorta. Wong Fa aprovechó para tomarse el café que habían colocado ante él. Llevaba setenta y dos horas de locura, apenas había dormido, y ni siquiera el café conseguía mantenerlo en plenitud de facultades. O sea, que inevitablemente pronto tendría que dormir unas cuantas horas, si no quería ir por ahí como un zombi.

Baby lo miró.

—Cuando termine su café iremos a ver a Wu Sing —dijo.

—Pues ya está terminado.

Apuró la taza de un trago, y se deslizó del taburete. Baby le imitó, y se dirigieron hacia la puerta. Cuando aparecieron en la calle los dos vieron a la pareja de chinos que miraron interrogantes a Wong Fa. Éste soltó un gruñido, y dijo:

—Son idiotas… Estamos rodeados de idiotas. Pero debo admitir que sus compañeros son más astutos que los míos: no he conseguido ver ni uno solo.

—Si usted o sus dos amigos hacen algo indebido no dude de que los verán.

Wong Fa encogió los hombros.

—¿Dónde está Wu Sing?

—Muy cerca de aquí. Podemos ir caminando sin problema alguno.

Echó a andar.

Fa se colocó a su altura, tras hacerles un gesto de enfado a sus

dos compañeros, que caminaron tras ellos, pero a considerable distancia. Cruzaron Eu Tong Sen y New Bridge Road a la altura del Yangtzé Theatre, y fueron a parar delante mismo de la Kreta Ayer Road. Dos minutos más tarde, llegaban a la casa en cuestión, cuya puerta que había dejado antes entornada empujó Baby. Wong Fa la miró, frunció el ceño, movió la cabeza como aceptando cualquier jugada, y entró en la casa. Brigitte lo hizo tras él, encendió la luz, y señaló la puerta de la izquierda. Wong Fa fue allá, empujó la puerta, y entró cuando Brigitte encendió la luz.

El agente del Lien Lo Pou, como antes la espía americana, captó la escena de un solo vistazo. No pareció inmutarse, pero casi corrió hacia el chino Importante, es decir, Wu Sing, que continuaba tendido sobre la alfombra, más lívido que nunca su pálido rostro oriental. Fa comprobó con una sola mirada que Sing estaba muerto, y su mirada se endureció cuando, todavía arrodillado junto al cadáver, miró a Baby.

—¿Cuál es la broma? —Gruñó.

—Ninguna. Los encontré a los dos así.

—Usted dijo que me iba a entregar a Wu Sing.

—Ahí lo tiene —señaló Baby—: todo para usted.

Wong Fa se puso lentamente en pie. Se veía claramente que estaba haciendo grandes esfuerzos por contener su cólera.

—No me parece que esto sea jugar limpio —dijo fríamente—… Por mucho que usted sea Baby, esto es una cochinada.

—Debería ser usted un poco más sutil —sonrió la espía americana—… En ningún momento le dije que Wu Sing estaba vivo, ¿verdad? Vamos, sea un poco agradecido, muchacho.

—¿Agradecido? —Se pasmó Fa—. ¿Tengo algo que agradecerle a usted?

—Imagínese por un momento que en lugar de entregarle el cadáver de Sing me lo quedo yo, lo… escamoteo, lo saco de Singapur más pronto o más tarde, y lo hago desaparecer en el fondo del mar, por ejemplo. A todos los efectos sería como si Wu Sing se le hubiese escapado a usted, y el Lien Lo Pou quedaría convencido de que los americanos, fuesen de la CIA o no, se lo habían llevado a Estados Unidos. ¿Esto no sería un fracaso para usted?

—Sí —admitió Fa.

—Yo le estoy salvando de ese fracaso. Usted tiene a Wu Sing.

Puede decir que lo localizó junto con las personas que le habían hecho ofertas para que saliese de China a facilitar determinada información, y que usted mató al americano, y luego, tras buscarlos y localizarlos en Singapur, a Wu Sing y a su amigo Chong Pei… ¿Eso no merece un poco de agradecimiento por su parte?

De pronto, Wong Fa sonrió.

—Tiene usted unos curiosos puntos de vista, Baby.

—¿No le parecen, razonables?

—Está bien, aceptaré las cosas tal como están.

—Se dice «gracias». Pero no se moleste con esas minucias. En lugar de ello, dígame si saben qué negociaron Wu Sing y el americano que usted mató…, es decir, qué es lo que tenían que negociar, por qué y con qué se marchó Sing de China.

—Wu Sing solamente podía ser relativamente útil a alguien informándole de la situación de las centrales nucleares.

—¿Y usted cree que la CIA no sabe todo eso?

—O sea, que en efecto, el americano que maté no era de la CIA.

—No. Y a eso debe usted seguir todavía con vida, señor Fa.

—No es tan fácil matarme a mí…, a menos que se haga a distancia y a traición, claro está.

—Dejaremos correr ese asunto. Yo me voy ahora, y le dejo a usted con su botín. ¿Podemos considerar que la situación ha vuelto a su normalidad en Singapur?

—De acuerdo.

—¿Ve? —Sonrió Baby—. No es usted tan fiero como lo pintan: solamente hay que saber tratarlo. Adiós, señor Fa. Quizá volvamos a vernos.

—La acompañaré a la puerta, para que mis hombres no se pongan nerviosos al verla salir sola.

—Es una buena idea.

Salieron los dos de la sala de los cadáveres, caminando uno junto a otro. Llegaron ante la puerta, y Fa la abrió con la mano izquierda, comenzando a tirar de ella y diciendo:

—Voy a llevarme a China algo más que dos cadáveres…

En realidad, hablaba para que el sonido de su voz ahogara el chasquido del mecanismo de la navaja de resorte que había aparecido en su mano derecha cayendo desde el interior de la manga. El truco era impecable. Pero Wong Fa no había contado con

el finísimo oído de la espía americana, uno de tantos privilegios físicos que la Naturaleza había concedido a Brigitte…, además de una inteligencia fuera de toda ponderación. La suma de ambas, una vez más, salvó la vida a Baby, pues apenas oír el principio del chasquido del resorte su inteligencia asimiló el significado exacto.

Y entonces, justamente en el momento en que aparecía la reluciente hoja de acero, la espía más peligrosa del mundo hizo lo contrario de lo que hubiese podido esperar Wong Fa: en lugar de alejarse de éste lo más rápidamente posible para intentar esquivar la cuchillada, lo que hizo fue acercarse más a él, con fuerza y a pleno cuerpo, de modo que su costado derecho impactó contra el cuerpo del chino, que esperaba cualquier cosa menos esto.

El encontronazo provocado por la espía americana, favoreció a ésta, naturalmente, y mientras ella quedaba en pie y en postura firme, Fa retrocedía dando un traspié que apenas pudo evitar que cayera sentado al suelo. El chino lanzó una exclamación de rabia, blandió la navaja como dispuesto a lanzarla al pecho de Brigitte…, y justo entonces recibió en plenos testículos el tremendo puntapié que le arrancó un gemido de dolor de lo más hondo de su alma de traidor. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su rostro se demudó. Encogido, como partido por el insoportable dolor, contempló con desorbitada expresión a Baby, que sacó de su cintura la pequeña pistola y le apuntó a la cabeza.

—A mí no me lleva nadie a China, señor Fa —dijo.

Éste abrió la boca, posiblemente en busca de palabras que convencieran a la espía americana para llegar a un acuerdo.

Plof, disparó la rubia.

La bala entró por la abierta boca de Wong Fa, se alojó en la base de su cerebro, y lo derribó de espaldas, muerto en el acto…, mientras Baby se apartaba rápidamente de la zona de la puerta. Por supuesto que sabía perfectamente lo que hacía, pues los dos amigos de Wong Fa entraron rápidamente, armas en mano, mirando a todos lados…

Plof, disparó Brigitte contra el más cercano. El hombre recibió la bala en el centro de la frente, y se desplomó hacia atrás como un fardo. La pistola quedó apuntada firmemente a la cabeza del otro, que estaba de costado con respecto a Baby y con la pistola apuntando hacia el centro del vestíbulo.

—Si no deja caer el arma, lo mato —dijo Brigitte, en inglés.

La mirada del chino se desplazó hacia su compañero muerto, y acto seguido localizó a Fa, con los desorbitados ojos fijos en el techo. Sus dedos se aflojaron, y el arma cayó con seco sonido al suelo.

—Muy bien —dijo la rubia—. Si acepta las cosas como son, vivirá para dar el informe al Lien Lo Pou, pero si se resiste a aceptar que yo he vencido en este estúpido enfrentamiento provocado por Wong Fa, usted también morirá. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente —murmuró el chino.

—Entonces, ponga las manos en la nuca y acérquese a mí retrocediendo. Un golpe en la cabeza duele menos que la muerte, ¿no le parece?

El chino obedeció con toda exactitud, un poco encogido esperando el golpe, pero muy prudente y muy amante de su propia vida. El golpe le produjo la impresión de que cien petardos estallaban dentro de su cabeza, y cayó sin sentido. Brigitte se dispuso a salir, pero se detuvo en seco. Posiblemente había más chinos en la calle. ¿Por qué suponer que Fa solamente llevaba dos sicarios con él?

Nada de riesgos innecesarios.

Cerró la puerta, se adentró en la casa, y poco después escapaba de ésta por el patio interior. El Lien Lo Pou tardaría un poco en darse cuenta de que la gatita americana había escapado por los tejados.

Capítulo VII

Michael Washburn vivía en un hermoso chalé cerca de Canaan, pequeña localidad del estado de Connecticut, casi en la línea de separación con el estado de Massachussets. El chalé estaba ubicado apenas a doscientos metros de la orilla derecha del Housatonic River, y disfrutaba de bellas vistas y la proximidad de un encantador bosquecillo de eucaliptos. En veinte minutos, tras cruzar el Hudson a la altura de Kingston, Washburn se plantaba en la NEWE cuando tenía que cumplir en ésta sus obligaciones de técnico.

Pero aquella noche, ciertamente, no iría a trabajar. Estaba cansado y todavía tenso. Ni siquiera hacía hora y media que había aterrizado en el Kennedy Airport, procedente de Los Ángeles, adonde había llegado procedente de Honolulu, adonde había llegado procedente de Singapur… Demasiadas procedencias, demasiados vuelos, demasiado de todo. Ahora se imponía el descanso.

A menos, claro está, que Vernon Masterson dispusiera lo contrario.

Metió el coche en el garaje, apagó la luz de éste, y entró directamente en la casa por la puerta interior del garaje. Fue directo a la sala, encendió las luces, y lo primero que hizo fue prepararse un *whisky* con hielo y sin soda. El trabajo había terminado, ya no era imprescindible mantenerse tan rígidamente sereno.

Se dejó caer en uno de los sillones cercanos a la mesita donde estaba el teléfono, y marcó el número privado de Vernon Masterson…, pero justo en ese momento sonó la llamada a la puerta de la casa. Primero se sorprendió, acto seguido titubeó, y luego suspendió la llamada y se puso en pie. Podía tratarse del propio Masterson, impaciente por la entrevista personal, y así se ahorraba la llamada, que, aun contando con líneas telefónicas privadas,

siempre era menos discreta que la conversación cara a cara.

Todavía con el vaso de *whisky* en la mano izquierda, el menudo, melenudo y poético Michael Washburn abrió la puerta de su casa.

La sorpresa casi propició que el vaso escapara de sus dedos.

—Señor Washburn… —sonrió la visitante—. ¿Cómo está usted?

—Señorita Montfort… Pero ¿qué…? ¡Qué sorpresa!

—¿Sorpresa? —se sorprendió a su vez Brigitte Montfort—. ¿No le ha dicho Vernon que yo iba a venir?

—No… No. Precisamente me disponía ahora mismo a llamar a Vernon…

—No se moleste. Él debe de estar a punto de llegar. ¿De verdad no le ha dicho que me pidió que nos reuniésemos aquí?

—No. Oh, pero pase, por favor… ¡Pase, pase!

—Muchas gracias —rió la divina—. ¡Temí que fuese a permitir que quedase congelada aquí fuera!

—Sí, hace un poco de frío —Washburn cerró la puerta, y señaló hacia la de la sala—… Perdone mi desconcierto, pero no sabía nada de esto. ¿Le apetece un *whisky*?

—Generalmente, prefiero el champán, pero usted no está obligado a saber eso, ni a tener champán preparado para visitas intempestivas.

—Me parece que tengo champán en frío —rió Washburn—… Por favor, siéntese donde guste. Vuelvo enseguida.

Brigitte sonrió, y se sentó en un sillón, cerca del teléfono. Washburn desapareció hacia la cocina. Regresó en menos de un minuto, mostrando con amable gesto triunfal una botella de champán. Brigitte sabía que el poético asesino no había tenido tiempo de telefonear desde otro aparato, así que continuó observándole tranquilamente: la gatita observaba al ratoncito, llena de curiosidad.

—Si no le importa —dijo Washburn, tendiéndole la copa de champán—, yo seguiré bebiendo *whisky*.

—No, no me importa. Al contrario —rió ella—: ¡así tendré más champán para mí solita!

Washburn también rió. Bebieron los dos.

Washburn se sentó de nuevo cerca del teléfono, lo miró, y mostró un gesto indeciso.

—Vernon llegará de un momento a otro —dijo Brigitte, muy

tranquila—. ¿Cómo le ha ido el viaje?

—¿Qué viaje? —La miró vivamente Washburn.

La hipócrita y magistral espía simuló desconcertarse.

—¿No acaba de llegar usted de Singapur? —exclamó.

—¿Quién le ha dicho eso? —Parecieron congelarse los ojos del poeta.

—Vernon, naturalmente…

—¿Masterson le ha dicho eso? ¿Y qué más le ha dicho?

Brigitte abrió la boca, estuvo así unos segundos, la cerró, mostró su indecisión, y por fin, murmuró:

—Bueno, señor Washburn, yo ya sé que Vernon tiene una grandísima confianza en usted, pero no sé hasta qué punto… Quiero decir que cabe suponer que tenga más confianza en mí, que a fin de cuentes soy su prometida… Seguramente, me ha dicho a mí cosas que quizá no le diga a usted.

—Me permito dudar eso, señorita Montfort.

—¿Sí? ¿Por qué? ¿Cree que he venido aquí a contarle un cuento? Vamos, señor Washburn, yo no soy una niña tonta y linda que se va a casar por simple dinero con un enanito rubio… Tengo mucho más dinero del que necesito, y en cuanto a hombres… ¡qué puedo decirle!, cada día tengo que rechazar una docena de ofertas de toda clase. No sea absurdo: Vernon y yo nos hemos entendido muy bien, es muy simple: él me tendrá a mí y yo iré en busca del poder que no pude lograr cuando me presenté a las elecciones presidenciales hace algunos años. ¿O no sabía usted esto?[1]

—Sí —parpadeó Washburn—. Desde luego que sí. Precisamente, eso es lo que Vernon me había dicho sobre usted: que conseguiría colocarla en la Casa Blanca. Pero no sabía que ya hubieran llegado ustedes, tan rápidamente, a un… acuerdo.

—Pues ya ve que sí. Entiendo que solucionó lo de Singapur.

—Sí, por supuesto. Como siempre.

—Como siempre. Es usted genial, señor Washburn.

—Usted también —comenzó a relajarse el poético personaje—… ¡Y Vernon lo es más que nosotros dos juntos! Eso de casarse con usted, colocarla en la Casa Blanca, y luego, naturalmente, ser él quien dirija la política de Estados Unidos, es un golpe genial, ¿no está de acuerdo?

—Sí. Pero no me parece que le vaya a resultar tan fácil

conseguir la presidencia de los Estados Unidos de América para mí.

—¡Ya lo creo que lo conseguirá! Con el recurso de los satélites artificiales y las bases de tierra lo tenemos todo muy claro y muy bien preparado.

—No sé a qué se refiere —hizo la espía un gesto de simpático desconcierto.

—¿Vernon no le ha explicado esa parte?

—No. ¡Seguramente me ha citado aquí para hacerlo, en compañía de usted! Porque usted es importantísimo en la NEWE, señor Washburn, ¿no es así? Quiero decir, más importante que un… simple técnico, por decirlo de alguna manera. ¡No me sorprendería nada que la mayor parte de este asunto fuese idea de usted!

—Bueno —comenzaba a envanecerse Washburn—… Es cierto que he aportado algunas ideas, claro…

—¡Explíquemelo! —Exclamó Brigitte, muy abiertos sus bellísimos ojos, como rendida de admiración—. ¡Oh, por favor, explíquemelo!

—Bueno, no sé si debo…

—¡Por favor! ¡Todo esto es tan apasionante…! ¿A qué bases en tierra se refiere usted?

—A puntos donde haya energía nuclear de una u otra manera.

—¿De una u otra manera? No comprendo.

—Quiero decir silos con armamento nuclear, centrales de energía nuclear, laboratorios… Ya sabe: cualquier clase de energía nuclear en servicio o… almacenada, por decirlo de alguna manera.

—Sí, ya entiendo. ¿Quiere decir que la NEWE tiene bases con energía nuclear de un modo u otro?

—¡No, qué va! —Rió Washburn—. ¡Me refiero a todos los puntos del planeta que dispongan de esa energía, de centros de producción!

—Pero… no comprendo… ¿Qué tiene que ver la NEWE con esos puntos en todo el planeta? ¡Oh, venga, siéntese a mi lado y explíquemelo!

Brigitte se puso en pie, y tendió una mano a Washburn, que tras breve titubeo la aceptó, poniéndose en pie a su vez. Brigitte tiró de él hacia el sofá, donde se sentó, obligándole cariñosamente a sentarse a su lado, muy cerca. Tan cerca que Michael Washburn sentía el calor del cuerpo femenino, la fragancia de aquella piel exquisita…

—¡Cuente, cuente…! ¿Qué tiene que ver la NEWE con esos centros nucleares?

—Pues… podemos disponer de ellos.

—Disponer de ellos —repitió Brigitte, como maravillada, incrédula—… Pero, señor Washburn, ¿cómo puede la NEWE disponer de centrales nucleares… de Rusia, por ejemplo?

—Por medio de nuestros satélites.

—¿Nuestros satélites de comunicación? ¿Los que la NEWE piensa poner en órbita y controlarlos desde Planetum?

—Sí. Sólo que no serán sólo de comunicación. Muy pronto, cada satélite de la NEWE llevara un dispositivo emisor de ondas energéticas especiales que podremos dirigir desde Planetum a voluntad, allá donde queramos. Si queremos dirigir esas ondas hacia una central nuclear de la Unión Soviética podremos hacerlo con toda facilidad. No existe en absoluto ningún problema de orden técnico… En realidad, no existe ningún problema de ninguna clase.

—Entiendo. Bueno, supongamos que uno de nuestros satélites enviase esas ondas hacia una central nuclear soviética… ¿Qué ocurriría?

—Que la central nuclear explotaría. Y lo mismo los silos que contienen armas nucleares. Y los laboratorios. Cualquier punto donde se halle almacenada y en activo la energía nuclear explotaría como… como una bomba atómica, claro está.

—Pero eso… ¡sería terrible!

—Sí, lo sería —sonrió Washburn—. Pero no se preocupe, que no ocurrirá, pues todos aceptarán las condiciones de Planetum: someterse a nuestro mando mundial absoluto. Dudo que haya en todo el mundo ni un solo gobernante que prefiera provocar la explosión de varias o todas las centrales nucleares de su país a someterse a las… directrices de gobierno mundial de Planetum…, es decir, de Vernon Masterson. ¿Se lo imagina? ¡Todos los países que disponen de silos o centrales nucleares tendrán que someterse a Planetum, so pena de saltar por los aires envueltos en fuego nuclear propiedad de ellos mismos!

—Es muy ingenioso, en efecto. De modo que eso era lo que vendía Wu Sing: información referente a la ubicación de todas las diferentes variedades de instalaciones nucleares en China. De este modo, la NEWE, una vez localizados esos puntos de energía nuclear,

podía decidir provocar su explosión en cualquier momento utilizando esas ondas energéticas especiales desde los satélites que, a efectos públicos, solamente serían de comunicación. Por eso Delmer Baxter fue a recoger a Wu Sing en Singapur, para que ese chino traidor les informara a la NEWE de la ubicación de las diferentes centrales nucleares y silos de China. Y supongo que no es sólo Wu Sing quien estaba dispuesto a vendar ese información: la NEWE debe de estar en tratos con muchos otros traidores criminales en todo el mundo que le facilitarán, a cambio de dinero, la ubicación de los puntos donde, de un modo u otro, tengan energía nuclear. Aunque, claro, ninguno de ese traidor debe de haber comprendido las consecuencias de su información, deben de creer que se trata de simple espionaje norteamericano, de espionaje de la CIA, ¿no es así, señor Washburn?

Éste, que había permanecido durante los últimos segundos mirando como hipnotizado a Brigitte, parpadeó lentamente, luego se pasó la lengua por los labios. Acto seguido, miró hacia el teléfono. Brigitte le puso amistosamente una mano en un muslo.

—Olvídelo —dijo—: nunca podrá hacer esa llamada. ¿Sabe, señor Washburn?: todo esto viene como consecuencia de un sueño que tuve, en el que aparecía un Nuevo Dios, que ahora comprendo era Vernon Masterson; y los dos robots, Unkle y Munkle, eran, por supuesto, Undike y Mondale. ¿Se da cuenta?: ¡incluso los nombres se parecen! ¿A qué conclusión llegaría usted al respecto?

—No sé —musitó Washburn, tenso.

—Sí, hombre, ¡pero si es muy fácil! Para no complicar demasiado la explicación digamos que tengo… facultades premonitorias, o de adivinación, o de precognición, como usted quiera llamarlas. Lo que la gente llama facultades extranormales. Señor Washburn, cuanto mayor me voy haciendo mejor voy comprendiendo y admitiendo que, en efecto, yo soy una persona especial. Por favor, no lo tome como vanidad ni nada parecido por mi parte. Siempre he sabido que soy muy inteligente, y eso me… sorprendía y me inquietaba a la vez. ¿Por qué yo he de ser tan inteligente?, me he preguntado siempre. Y ya tengo la respuesta. ¿Le gustaría saberla?

—Sí, por supuesto.

—Soy tan inteligente porque la Inteligencia, simplemente,

existe, y no tiene nada de extraordinario que algunas personas hayan recibido una gran dosis de ella. Yo he sido una de esas personas afortunadas. ¿Por qué? Pues por nada: me ha tocado a mí, como podía haberle tocado a usted, como le ha tocado a otras personas. Fíjese en mí, señor Washburn: dicho en términos corrientes puede admitirse que llevo… el toque de Dios, esa… facultad que distingue a las personas especiales. No me ufano de ello, no es mérito mío. Simplemente, yo soy así, como el oro es oro, y como el lodo es lodo, ¿comprende? Me ha tocado ser inteligente, como me ha tocado poseer unos niveles de evolución increíbles. Y esos niveles de evolución son los que me confieren… algunas facultades o cualidades especiales. Por ejemplo: soñar que un Nuevo Dios está tramando algo contra el planeta Tierra. Pero no fue un sueño… casual, sino una advertencia de mi ser superior interno, de mi… espíritu, para que usted me entienda. Brigitte, querida, me advirtió mi espíritu: si has soñado eso no es casualidad, es que algo está ocurriendo, y por lo tanto debes intervenir, como has hecho tantas otras veces, pues para eso fuiste dotada de modo superior, para eso no sólo se te dio la inteligencia, sino la inteligencia de saber cómo utilizar la inteligencia… ¿Me comprende usted, señor Washburn?

—¿Qué pretende usted? —jadeó el seudo-poeta—. ¿Qué… qué… quién es…?

—Soy la agente Baby, de la CIA. Y esto significa que las horas de usted, y las de ese enanito rubio que pretendía poseerme en cuerpo y alma, están contadas. Sobre todo, las de usted, asesino de Wu Sing, de Chong Pei, y sin duda de muchos más. Yo estuve con usted en Singapur, le vi entrar y salir de la casa de la calle Saik, encontré los cadáveres de Pei y Sing, arreglé la situación del espionaje internacional allá, y me vine a casa, adelantándole a usted utilizando los resortes y recursos de la CIA. Señor Washburn: es usted hombre muerto.

—¡Y usted también! —Rió de pronto Washburn—. ¡Usted y prácticamente todos los habitantes de los Estados Unidos! Ya que es tan lista, tan inteligente, adivine cuál es el país cuyos depósitos de energía nuclear ya conoce la NEWE y los tiene bajo la amenaza de las ondas energéticas especiales de un satélite… que ya está dando vueltas alrededor de la Tierra. ¿Adivina usted cuál es ese país?

—¿Los Estados Unidos de América?

—¡Premio! Aunque no hace falta ser tan lista para comprender esto, ¿verdad? Fíjese bien: Vernon Masterson sólo tiene que apretar un botón, la orden llegará al satélite en cuestión, y en pocos minutos Estados Unidos será… como los restos de la erupción de un millón de volcanes. ¿Qué le parece esto?

—¿Sería tan amable de servirme una copa? —Tendió Brigitte la que tenía en una mano.

—¡Cómo no! —Exclamó burlonamente Washburn—. La necesita. Y mientras la bebe, recapacite y empiece a rogar a su Dios que Vernon no se tome demasiado a mal lo que usted ha hecho.

Muy seguro de sí mismo, Michael Washburn fue a servir otra copa de champán, y se acercó a Brigitte, tendiéndosela.

—Muchas gracias —dijo la espía, aceptando la copa.

Sacó la pistolita de cachas de madreperla, y apuntó a Washburn al centro de la frente. Sonrió cuando Washburn palideció intensamente, y apretó el gatillo.

Plof, chasco el arma, enviando una mortífera bala a los podridos sesos del asesino-técnico.

Brigitte bebió el champán, dejó la copa cuidadosamente, y de su bolso sacó la pequeña radio, que accionó.

—¿Sí? —Distinguió en el acto la voz de *Mr*. Cavanagh.

—Dentro de un minuto voy a partir hacia las instalaciones de la NEWE y por el camino les iré explicando cómo están las cosas. Ustedes síganme a distancia, y no intervengan ocurra lo que ocurra. Ahora bien, si cinco minutos después de entrar yo en Planetum no le he vuelto a llamar, destruyan ese… artefacto.

—¿Destruirlo?

—Totalmente. Conviértanlo en cenizas.

—Pero… usted dijo que iba a sugerir a la Casa Blanca que fuese utilizado como Museo Científico y Observatorio Astronómico para jóvenes Estudiantes, y ahora…

—Simón…, o jefe, como usted prefiera: si usted no cumple la orden que yo le estoy transmitiendo no habrá niños para visitar ningún Museo ni ningún Observatorio. ¿Me explico?

—Dios… ¡Pero usted estará dentro de…!

—Recuerde lo que le he dicho.

Brigitte cortó la comunicación, se puso en pie, y abandonó la

sala, sin conceder ni una sola mirada más al cadáver del asesino-técnico. Salió de la casa, y fue a donde tenía su coche, can el cual partió hacia la cercana factoría de la NEWE.

Este es el final

El vigilante armado regresó del teléfono por medio del cual había hecho la consulta, y se inclinó hada Brigitte, sentada al volante de su coche.

—Por favor, señorita Montfort, entre: la están esperando. Y perdone que la haya obligado a esperar, pero…

—No tiene que disculparse quien hace su trabajo. Buenas noches.

—Buenas noches.

La espía condujo hacia donde se divisaba la enorme mole de Planetum sobre las blancas columnas. Detuvo el coche junto a una de éstas, se apeó, y enseguida distinguió la blanca silueta de uno de los guapísimos rubios. Era Undike, que le sonrió y se volvió, señalando el ascensor.

—¿Soy demasiado inoportuna? —sonrió Brigitte.

—El señor Masterson me mataría si dijera que sí.

Rieron los dos. Subieron en el ascensor hasta la primera planta, y luego en la circular cabina hasta la segunda. Allá les estaba esperando Mondale, tan hermoso e impecablemente vestido de blanco como siempre. Aparecieron los tres en el fantástico decorado de la segunda planta de Planetum. Por encima de ellos brillaban las estrellas, talmente como si no se hallasen bajo una cubierta de plástico especial que impedía que desde el exterior pudieran ver aquel interior paradisíaco. En el centro, la casa, de la cual brotaba luz por varias ventanas. Olía a flores recién cerradas, a tierra fresca. A Brigitte le molestó pensar que incluso los canallas pueden en ocasiones realizar obras interesantes…

—El señor Masterson la está esperando —dije amablemente Undike.

—Muy bien. Vamos a…

—Perdone, pero… tenemos que registrarla. No sé si me

entiende.

—No muy bien, francamente —le miró fríamente Brigitte.

—Parece ser que el señor Masterson está… desconcertado por algunos acontecimientos, y nos tiene ordenado que NADIE debe acercarse a él con armas. Ya suponemos que usted no lleva ninguna, pero…

—¿Sabe? —Sonrió de pronto la señorita Montfort—: ustedes no me gustaron nada desde el primer momento, desde que me llevaron ante el Nuevo Dios y me arrodillaron ante él para que le diera… satisfacciones sexuales poco usuales. Porque ustedes son Unkle y Munkle, ¿verdad?

—¿Qué…?

—Voy a ver si saco la Tierra del Infierno, y castigo a ese Nuevo Dios que, naturalmente, es un usurpador.

—Pero… ¿de qué está hablando? —masculló Mondale.

El tremendo impacto de karate en su sien izquierda lo fulminó, muerto en el acto. Undike lanzó una exclamación, sobresaltándose grandemente, y en su mano apareció la pistola provista de silenciador. Brigitte dio un paso hacia él, y aplicó a su bajo vientre un puntapié escalofriante. Undike puso los ojos en blanco, y cayó de rodillas, pero todavía con el instinto de alzar el brazo y disparar contra Brigitte, que de otro puntapié le arrancó el arma, de la mano, y de otro, en la tráquea, lo derribó agonizante.

Sin más complicaciones, la señorita Montfort fue hacia la casa. Llegó a la puerta, la empujó, y sonrió al encontrarla abierta. Entró, y se dirigió directamente a la sala. Allá, sentado en un sillón, Vernon Masterson le dirigió una mirada entre especulativa y sonriente, y se puso en pie, mirando ahora hacia la puerta…

—Se han quedado afuera —dijo Brigitte—. Dicen que dos enamorados deben estar solos. Ah, antes de que se me olvide: recuerdos de Washburn. Dice que te está esperando.

—¿Dónde?

—En el Infierno.

La pistola apareció en la diestra de la espía más implacable del mundo. El rubio, angelical Vernon Masterson, palideció. Su clara mirada infantil quedó como clavada en los azules ojos de Brigitte Montfort. Luego, de pronto, miró hacia la estantería-librería… Cuando volvió a mirar a Brigitte, había en el bellísimo rostro de

ésta una mueca absolutamente perversa.

—Gracias por indicarme dónde están esos mandos —susurró.

Plof.

La bala acertó a Vernon Masterson en el ojo derecho, y se incrusto en el cerebro, empujándole de modo que el personaje quedó de nuevo sentado.

Brigitte se acercó a la librería, apartó unos volúmenes simulados, y vio el complejo panel de mandos, que estuvo mirando durante casi un minuto antes de mover negativamente la cabeza.

No se atrevía a tocar nada.

Lo mejor era llamar a los expertos de la CIA para que desactivaran lo que fuese necesario.

Llamó por la radio.

—¿Sí? —inquirió la tensa voz de Cavanagh.

—Ya pueden venir, señor —sonrió la divina—: tengo el mundo en mis manos.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura doble titulada *Brigitte for President!!!* <<